

# CONTRAESPIONAJE

17

GILES JACKSON

se



P+

COLECCION

**R** Lectulandia

Nueva York estaba en silencio. La vida se había establecido a su ritmo ordinario. La fiesta que reunió para cenar a Bill Kerr, el autor, y su bella amiga refugiada, Ona, también fue tranquila, pero solo en la superficie. Pequeñas cosas, un cuidado de no dejar que nadie se pierda de vista, una palabra a medias y comprobada, mostraron la tensión subyacente. Nile Boyd, columnista del periódico y algo más que ni siquiera sus amigos sabían, lo siente y teme por su encantadora Joan. Una bala a través de la ventana no ayudó mucho. Pero lo que realmente desencadenó todo fue encontrar a Bill Kerr un par de horas más tarde con un agujero en la cabeza, una pistola en la mano y una nota de suicidio de despedida en su máquina de escribir. No tenía sentido y Boyd decidió actuar rápido.

Giles Jackson

# **Contraespionaje**

**Rastros - 17**

**ePub r1.0**

**Titivillus 10-05-2021**

Título original: *The court of shadows*  
Giles Jackson, 1943  
Traducción: J. Román

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

# **CONTRAESPIONAJE**

Giles Jackson

## CAPÍTULO I

Uno de los neumáticos delanteros reventó súbitamente y el automóvil dio un brusco viraje en dirección a la acera. A pesar de mis esfuerzos para evitarlo, golpeamos violentamente contra el cordón. Joan dijo calmadamente:

—Muy lindo, Boyd. ¿Vas a tratar de arreglarlo? Ya debemos estar muy cerca de nuestro destino.

—Ya estamos en nuestro destino. ¿Ves aquel grupo de árboles? —señalé.

—¿Esos olmos enormes? Sí...

—Cross Court está detrás de ellos. Trataremos de llegar hasta allí, aunque sea a los saltos; de todos modos, la cubierta está destrozada.

Hice arrancar el motor, torcí el volante, y salí de Shore Road para entrar a una calle bordeada de arcos. A nuestras espaldas, el oro pálido de un cielo de abril perdía su brillo por sobre las aguas verdosas; dentro de media hora caería la noche.

Pasó algo rugiendo por sobre nuestras cabezas, alejándose con rapidez. Era un aeroplano. Aun cubierta por las suaves pieles, Joan temblaba.

—¿Tienes frío, querida? —le pregunté.

—Ni un chiquito —me replicó. Al cabo de una pausa, su adorable voz agregó—: Parecen avispas esos aviones, ¿verdad?

Nos acercamos a la acera y detuve el automóvil.

Al pararse el motor, los sonidos que llenaban el cielo se multiplicaron en nuestros oídos. Los aviones que volaban en círculos parecían hacer latir el aire mismo con el rugir de sus hélices.

—Es verdad que parecen avispas —comenté yo.

Eché llave al auto y nos dirigimos hacia la enorme entrada de Cross Court. Era este un enorme edificio. Ocupaba toda una manzana, y las manzanas en la Bahía Ridge son enormes.

Había allí jardines, una fuente, una pileta de natación, cancha de *bowling*, un gimnasio, restaurantes, médicos, dentistas, sastres, y ascensores automáticos.

El camino de piedras que rodeaba la fuente se hacía más angosto poco antes de que se llegara a la entrada principal, y una barrera de madera, que giraba desde el costado en que estaba la caseta del portero, nos cortó el camino. Pero, cuando estábamos a unos tres pasos de la barrera, brilló un delgado rayo de luz que procedía de algún sitio cercano y la barrera se apartó.

—¡Qué ingenioso! —comentó Joan, pasando antes que yo—. Es igual que en la estación Penn.

—Es un truco viejo ya —dije yo—. Muy viejo. No sé lo que va a sucederle a la civilización occidental...

En ese momento nos enfrentamos con un portero de llamativo uniforme, en el *hall* adornado de palmeras.

—Queremos ver al señor Kerr —dije— nos espera.

—Pase por aquí señor...

Entramos en un ascensor adornado de rojo y oro, oprimí el botón marcado con el número 6, se cerraron las puertas y comenzamos a elevarnos lentamente.

Miré a Joan.

No es ella muy alta, aunque lo parece por su apostura. Su cabello renegrido contrasta vívidamente con su cutis pálido y con sus rojos labios.

Lo que ella vio al mirarme fue: mi rostro, del que no hay mucho que decir, y una serie de cicatrices que lo adornan producidas por accidentes en las pistas de hielo, fuertes golpes de puño, canchas de *rugby* y una explosión de una granada en España que desarregló un poco mis facciones.

Se detuvo el ascensor. Bill Kerr, de pie en el *hall*, sonreía dándonos la bienvenida. Parecía muy elegante.

—No me dijiste que tenía que vestir de *smoking*, pícaro —dije, señalando la perla que adornaba su pechera—; así que hemos venido con nuestras sencillas ropas de trabajo. Joan, este es mi amigo Bill. William, estréchale la mano a mi futura esposa.

—¡No seas absurdo! A las novias hay que besarlas —dijo Bill, y así lo hizo.

Nos abrió la puerta de su departamento y nos hizo pasar.

—¿Conocen ustedes a Hellen Watkins y a Philip Merkley? Ona les invitó a tomar un cocktail y nos están amenazando con quedarse a cenar.

Ona, que estaba sentada al piano, se puso en pie y nos sonrió. Tenía mucho mejor aspecto que la última vez que la había visto; lo que era muy natural, pues entonces había estado llorando. Era una joven de ascendencia

holandesa y alemana. Hasta que Hitler subió al poder había sido una de las más eminentes artistas de las tablas berlinesas.

Liberal apasionada, abandonó Alemania en 1935 y vino a América en 1939. Durante ese lapso se había casado con un refugiado austríaco, dedicándose a la fotografía con el mismo entusiasmo que la había distinguido en el teatro. Su esposo estaba ahora en Florida y el divorcio era inminente. Bill estaba loco por ella.

—Hola, Nile —dijo ella, y, acercándose, me ofreció ambas manos. Le presenté a Joan y me pareció que simpatizaron de inmediato.

—Le presento a Hellen Watkins —dijo Ona, volviéndose hacia el diván— y a Philip Merkley.

Merkley era el autor teatral y Hellen crítica de arte. Se creía que vivían juntos en algún lugar de Brooklyn. No puedo decir que me agradara ninguno de los dos.

—¿Qué hiciste con los cocktails, holandesa?

—Están en la cocina, Bill —dijo Ona.

Bill trajo una bandeja cargada de ingredientes y de copas con bebidas.

Ona dijo, hospitalaria:

—Será mejor que se queden a tomar un bocado con nosotros. He cocinado una liebre...

—No podemos hacerlo —se lamentó Hellen—. Phil tiene una reunión esta noche, y yo todavía no he escrito mi artículo de los domingos. —Luego agregó, dirigiéndose a mí—: Tenía deseos de conocerle, señor Boyd.

—El deseo era mutuo —le aseguré.

—Pero realmente, yo quería conocerle para decirle que me gustan mucho los artículos que usted escribe sobre política internacional.

Traté de no cruzar la mirada con Bill, pero su rostro tenía en ese momento una fascinación especial para mí.

—¡Es un genio! —dijo Bill, solemnemente—. A menudo le pregunto de dónde saca todas sus ideas.

Bill estaba encendiendo un cigarrillo mientras hablaba. Recuerdo exactamente lo que siguió. Al encender el fósforo se encendió con una llama amarilla y, como si esta hubiera sido una señal, se oyó el ruido ensordecedor de los vidrios de la ventana.

Todos nos quedamos inmóviles. El agujero que se veía en la ventana a espaldas de Bill era elocuente. Miré hacia el cielo raso. La bala se había enterrado allí.

Una voz dijo, ásperamente:

—¡Al suelo! Arrójense todos al suelo. —Era mi propia voz y su efecto fue extraordinario.

Joan y Hellen se echaron en el diván, Ona se había arrojado al piso. Bill y Phillip Merkley estaban sentados sobre la alfombra y yo me dejé caer pesadamente al lado de Joan y la tomé de la mano. Estaba temblando...

—¿Tienen mucho de eso por aquí, Bill?

—¿Mucho de qué?

—Mocosos con pistolas de aire comprimido.

—¿Qué te hace creer que se trata de una pistola de aire comprimido?

—Es un agujero demasiado grande para ser una bala común. Debe tratarse de una bala de calibre 22. Además, no oímos la explosión del disparo. Apuesto a que alguien disparó desde la calle con una pistola de aire comprimido muy poderosa.

—Seguro que estaban en la calle —dijo Bill, entre dientes—. No hay nada en la parte de afuera de esta ventana desde aquí hasta el río, ni siquiera un árbol.

—En la cocina hay una ventana que da a ese lado, ¿verdad?

—Sí.

Me incliné un poco y me dirigí a la ventana, apagando la luz al mismo tiempo. Bill me siguió, preguntándome:

—¿Ves algo?

—No.

—Me parece que Ona se va a desmayar. Ha estado muy asustada todo el día... Ya te contaré. ¿Qué hacemos ahora?

Me puse en pie.

—Ahora nos portamos con mucha bravura —susurré—, porque desde la calle lo único que se puede herir es el cielo raso. Bajaremos la cortina y retiraremos la mesa a cierta distancia de la ventana. —Levanté la voz para que me oyeran todos—. Mejor será que baje uno de nosotros y le dé un reto al mocoso que está jugando con armas allá abajo.

Bill acompañó a Hellen y a Merkley que se retiraban en ese momento. Iría a cumplir mi encargo. Al cerrar la puerta detrás de los tres que salían, John dijo:

—Ona, debe usted permitirle que le ayude en la cocina. Podrías servirme otro cocktail, Nile, y uno para Ona.

Bebimos en silencio y, antes de que pudiéramos hablar nuevamente, retornó Bill. Tenía un periódico bajo el brazo.

—Te guardamos un cocktail —le dije—. ¿Tuviste suerte en la cacería?

—No había nadie abajo. Vi al encargado y le dije cuatro frescas. Mañana hará arreglar el vidrio.

Ona y Joan se fueron a la cocina para terminar de preparar la liebre.

Bill y yo retiramos la mesa de la ventana y bajamos las cortinas. Acomodamos las sillas y encendí un cigarrillo. El temblor de mis dedos me hizo dar cuenta de cuán nervioso estaba; Bill también lo notó.

A través de la puerta cerrada se oía la voz de las jóvenes, proveniente de la cocina.

—No vale la pena que comience a contártelo ahora —dijo Bill, súbitamente, en voz baja y rápida—. Ona volverá enseguida. Pero me alegro mucho de que estés aquí esta noche. No sé si creerlo o no, pero me parece que he averiguado algo de lo que tú quieres...

—¿Qué?... —Creo que salté de mi asiento.

—Podría ser —me dijo él—. Podría ser... ¿Sabes algo de fotografía?

Ona se presentó en la puerta y dijo alegremente:

—Creo que la comida está lista. ¿Está el cuchillo de trinchar en la mesa, Bill?

Nos sentamos a cenar.

Cenamos con apetito y Bill llenó constantemente nuestros vasos con un vino excelente. Pregunté a Ona cómo andaba el divorcio. Ella sonrió y dijo que conseguiría el divorcio dentro de dos semanas. Comenté:

—¿Ve ahora? La última vez que la vi estaba usted llorando porque creía que nunca lo conseguiría.

—La holandesa se siente cada vez mejor —dijo Bill, tomando con una de sus enormes manos la mano de Ona—. ¿No es verdad, holandesa?

—Por supuesto.

Él se volvió a mí, diciendo:

—Ayer tuvo una pesadilla a consecuencia de un susto que se llevó ayer.

(Vi que Ona se sonrojaba y pensé: «¡Qué absurdo! Es claro, seguramente que no ha venido sólo de visita para cenar con él, deben estar viviendo juntos. ¿Qué importa?»).

—Ayer vino un agente de la policía federal —estaba diciendo Bill—. Me gustaría haber estado aquí. Parece que se portó muy mal.

—¿Para qué vino? —preguntó Joan.

—Verás, Joan, la holandesa es extranjera. De tal modo tiene que cuidarse, pues su padre era alemán.

—Me dijo que debía entregar mi cámara fotográfica —interrumpió Ona con ira—. Y tú... —le señaló con un dedo acusador—... ibas a averiguar algo

al respecto, y vuelves esta noche sin haber hecho nada. ¡Te olvidaste! ¡Qué hombre!

Desde el exterior nos llegaba el sonido de las sirenas de los barcos. Me puse triste, pues no podía pasar un momento sin tener que pensar en el mar y en los barcos, las luces del puerto reflejándose en las aguas oscuras y mi propio fracaso. Bill volvió a llenar mi vaso...

Aún la bahía Lower estaba atestada de barcos desde hacía algunas semanas: tanques, fleteros, y barcos de pasajeros convertidos en transportes. Se podía ver un grupo de ellos por la noche, y el mismo grupo iba creciendo día a día, hasta que una madrugada desaparecían todos. Otro convoy que había partido.

Lo peor del caso era que algo acechaba en las frías aguas verdes, entre Montauk y los Banks, algo que no podía comprender. Algo que sabía, con asombrosa certeza, la hora de partida y la ruta que seguirían todos los barcos y todos los convoyes.

¿Se trataría de un nuevo tipo de submarino con instrumentos supersensibles? Nadie lo sabía.

Al morir el sonido de la sirena, oí un curioso sonido, parecido al que produce una serpiente cuando se desliza sobre el piso...

\* \* \*

Estaba yo sentado en la silla más cercana a la puerta; al dar vuelta la cabeza vi un fragmento de papel blanco por debajo de la misma. De un salto me acerqué a la puerta y la abrí de un tirón.

Rápidamente corrí hacia el ascensor, pero este bajaba ya. Volví al departamento.

Me incliné a recoger el papel que estaba en el suelo, cerré la puerta con llave y se lo entregué a Bill.

—Probablemente era un cobrador —dije, dirigiéndome a Joan.

Bill rompió a reír. Miraba el papel sin escucharme. Me lo entregó abierto y pude ver en él cinco palabras:

*El señor Tennant está esperando.*

—¿Es verdad eso? —pregunté, colocando el papel sobre la mesa—. ¿Y por qué infiernos el portero o el telefonista no te avisa por teléfono en lugar de venir de esa forma?

—Nuestro teléfono está descompuesto —me informó Bill, alegremente—, así que cuando alguien llama o deja un mensaje, Rudolph tiene que subir

hasta aquí y pasarlo por debajo de la puerta.

—Ah. —Tomé un sorbo de coñac—. ¿Y Tennant? ¿Lo dejamos pasar?

—Seguramente que no —dijo Bill—. ¿Verdad, Ona? Hank Tennant es un buen amigo.

—¿Dónde está esperando?

—Nos está esperando —dijo Bill— en la taberna de Papá Joe, que es su favorita. Suele ir allí algunas veces y bebe hasta que se le termina el dinero, luego pide al mozo una moneda prestada y nos llama por teléfono para que le compremos más bebida. Es un individuo muy divertido; ya lo verás.

—Supongo que tendremos que ir —dijo Ona—. No me importa mucho este Tennant, pero Bill cree que es un buen muchacho.

Cinco minutos después salimos y Bill apagó las luces del departamento.

Durante toda nuestra conversación en el transcurso de la cena no mencionamos ni una sola vez el asunto de la guerra; precisamente porque predominaba en nuestras ideas, no lo habíamos hecho.

Para mí la situación era especialmente complicada, pues ni siquiera le había dicho a Joan que me había alistado. No sabía si Bill le había dicho a Ona que también él se había alistado. Esperaba que no, pues le había ordenado que no lo hiciera. Cuando uno trabaja en secreto para el Gobierno, debe guardarse el secreto aún con las personas más queridas.

Cuando salimos al exterior, yo dije:

—¿Hay algún *garage* cerca de la taberna de Papá Joe? Tengo que enviar a alguien para que arregle la cubierta de mi automóvil.

—Hay uno muy cerca —dijo Bill por sobre el hombro.

La taberna de Papá Joe estaba a cuatro puertas más allá de un cinematógrafo. En el letrero luminoso que colgaba sobre la puerta se veían las palabras enormes: «Joe Domenico», y desde el interior emergía débilmente el acorde de la música. Entramos por la entrada «familiar», al comedor privado de la taberna.

Era esta una habitación pequeña ocupada por media docena de mesas redondas. En un rincón había una cabina telefónica, y una puerta que daba directamente al restaurante principal y al bar, en el que resonaban los acordes de la música procedente de una victrola. Un enorme perro de pastor estaba echado frente a la cabina telefónica. Su trailla estaba asegurada en el respaldo de una silla. Bill dijo:

—Allí está el perro de Hank, así que él no estará lejos. ¿Dónde nos sentamos, querida?

—Aquí no más —dijo Ona, y se dirigió hacia la más oscura de las mesas.

Un italiano de oscuro rostro se nos acercó sonriendo afablemente.

—¿Un poco de *whisky*? —nos preguntó.

Cuando asentíamos casi simultáneamente, se oyó una voz sonora y profunda que decía desde la entrada:

—¡Hola, pequeños!

—Traiga uno para el señor Tennant —dijo Bill, mientras se ponía de pie.

El hombre que se nos unió un momento después tendría de treinta y cinco a cuarenta y cinco años. Era imposible juzgar su edad con más certeza. Su cabello, suave y oscuro, coronaba un rostro lleno de humorismo, en el que predominaba una nariz ligeramente desviada y una recia mandíbula prominente. Daba la impresión de ser un hombre activo y despiadado. Bill dijo:

—Hank nunca se lo dirá, por lo tanto, lo haré yo. Él es la Estrella del Oriente. El Muchacho Blanco de China. El San Cristóbal del camino de Birmania...

Tennant hizo un ademán amenazador con su brazo derecho y rio.

—Hablas demasiado —fue eso todo lo que dijo.

El camarero trajo las bebidas. Bill elevó su vaso brindando:

—¡Muerte y destrucción! —todos bebimos.

—Tennant acaba de volver de China. Ha estado bombardeando a los japoneses hasta que le voltearon el aeroplano y se fracturó la cintura —dijo Bill.

Los fríos ojos de Tennant se fijaron en mí:

—Lo he visto a usted en alguna parte —comenzó a decir lentamente, luego sonrió, agregando con rapidez—: Por supuesto. He visto su retrato en la cabecera de uno de sus artículos. Muy bien. —Me ofreció la mano, que yo tomé. Era tan dura como el hierro.

—Me alegro mucho de conocerle —dijo—. Hace sólo un mes que he vuelto, pero he leído desde entonces todo lo que usted ha escrito. Me gusta mucho.

—¿Estuvo mucho en China?

—Lo suficiente. Tres años.

—¿Cómo estaban las cosas cuando salió de allá?

—Muy confusas. ¿Vuela usted?

—Me gustaría mucho. Lo único que he hecho fue trabajo de observación en el año 1937, por los alrededores de Madrid.

—¿De veras? Yo estaba por allí en aquella época. Perteneecía al equipo de Eddie Turner.

Le miré con respeto pues ese equipo había sido uno de los mejores. Creía que habían desaparecido todos, pero aquí tenía a uno de ellos.

Tennant dirigió en ese momento una mirada a Joan. Era una extraña mirada, parecía como si concentrara toda su hombría en sus ojos.

El efecto fue devastador para mí. No sabía qué reacción había producido en Joan, pero la mía era mucho más fuerte. Comencé a enfurecerme y para evitar posibles ulterioridades, le dije a Joan, suavemente:

—¿Quiere usted bailar conmigo, señorita Adams?

Mientras bailábamos, estrechados amorosa mente, oímos a Ona que gritaba asustada. Al volvernos la vimos en el mismo sitio donde estaba sentada y Hank Tennant, inclinándose sobre la mesa, le tapaba la boca con una mano. Tomando a Joan de la mano nos acercamos a la mesa y yo pregunté suavemente:

—¿Ha asustado algo a Ona, o está enferma?

Tennant le quitó la mano de la boca, volvió a sentarse en su silla y, mirándome sonriente, replicó:

—Señaló a la ventana hace un momento y gritó. —Se volvió a Ona—. ¿Qué le pasó, querida? ¿Por qué se asustó? No quise ser rudo, permíteme.

Joan y yo, de pie al lado de la mesa, esperamos la respuesta. La joven nos miró a todos, dirigió la vista a Tennant, y luego la volvió hacia mí. Estaba temblando.

—Fue una estupidez —dijo, con voz clara y firme—. Vi una cara en la ventana.

—¿Qué clase de cara? —preguntó Tennant.

—Una cara terrible. La vi sólo un momento, luego desapareció. —Se acomodó en la silla y me miró fijamente—: Nile, vea si hay alguien, ¿quiere usted?

La calle estaba casi vacía y los únicos peatones visibles se acercaban en lugar de alejarse. Volví al interior y le dije a Ona:

—*Spurlos versenkt* —y me di cuenta de que Tennant me miraba sorprendido al oír mis palabras—. ¿Dónde está Bill? —agregué.

—Debe estar en el baño —dijo Tennant.

Fui a mirar pero no lo hallé. Se me ocurrió que quizá hubiera ido al *garage* para arreglar respecto a mi cubierta. Me dirigí al *garage* para cerciorarme. Un negro alto y delgado estaba limpiando un poderoso *Cadillac* de color gris. Cuando le hablé sacudió la cabeza y señaló con el pulgar hacia la oficina. Allí encontré a un hombre de aspecto horrible, tenía ojos pequeños y enrojecidos, una barbilla de gorila y una barba roja que cubría las mejillas.

—¿Conoce usted al señor Kerr, de Cross Court? —pregunté, abruptamente.

—No. —Sus ojillos de cerdo me estudiaron con insolencia.

—¿Arreglan ustedes neumáticos?

—Sí.

—Mi auto está frente a Cross Court. Se reventó una de las gomas delanteras. ¿Puede usted enviar a alguien para que la cambie por la de repuesto?

Pensó un momento y al fin dijo:

—Seguro. Le costará dos dólares. Por adelantado.

Arrojé un par de billetes sobre el escritorio, le di la llave de la cubierta de repuesto y retorné a la taberna tan rápido como pude. Ona y Joan estaban sentadas con los abrigos puestos. Evidentemente listas para salir. Hank Tennant se había ido.

—¿Dónde está Tennant? —pregunté.

—Salió a buscar a Bill —dijo Joan, con risa nerviosa—, y la pobre Ona está desesperada.

Se puso en pie. Pagué la cuenta y salimos los tres a la oscura calle, camino hacia la bahía.

La niebla se espesaba más y más. Yo caminaba entre las dos jóvenes, llevándolas del brazo. Pasamos frente a un automóvil que estaba parado debajo de un farol. Les dije:

—Iré con ustedes dos y veremos si Bill está en casa; luego bajaré para ver si me han cambiado la goma.

Nuevamente cruzamos frente a la fuente, nuevamente brilló el haz de luz, nuevamente giró la barrera. En el interior de la caseta del portero un centinela uniformado se puso firme al pasar nosotros.

Al reconocerle, Ona dijo:

—Hola, John. ¿Ha entrado el señor Kerr? Parece que lo hemos perdido.

El hombre sacudió la cabeza:

—No, señora Kerr, aunque yo tomé servicio hace sólo unos pocos minutos.

Entramos en el ascensor. Las puertas se cerraron y comenzamos a ascender.

Al detenerse el ascensor y abrirse las puertas, me llevé una sorpresa, pues Hank Tennant caminaba por el *hall* en dirección a nosotros.

Se detuvo secamente y nos dirigió una dura mirada cuando salíamos. Cambió de expresión al reconocernos.

—Bien, bien —dijo, avanzando nuevamente—. ¿Tuvieron ustedes suerte?

El rostro de Ona estaba lívido, pero su voz era firme:

—No. ¿No le trajo usted a casa?

—No le pude encontrar. —Tennant se volvió a mí—. Usted sabe ya cómo se pone cuando está bebido. Me imaginé que podría haber venido aquí y quise venir para asegurarme y aliviar así los temores de Ona. Pero la puerta está cerrada con llave y no he obtenido respuesta.

—¿Vive usted también en Cross Count, Tennant? —pregunté.

—Sí. En el otro extremo del edificio.

Con dedos temblorosos, Ona buscó la llave en su bolso.

—Permítame, Ona —dijo Tennant, amablemente, y colocó la Yale en la puerta. Esta se abrió.

Esta vez el grito de Ona resonó en mis oídos como la queja de un alma condenada. Era irresistible.

Bill estaba en su casa. Yacía tendido en el medio de la alfombra, descansaba sobre un costado del cuerpo. Había un agujero negro y chamuscado en un costado de su cabeza y una automática negra de calibre 45 descansaba en su mano derecha.

\* \* \*

En tales momentos uno no se detiene a pensar y actúa simplemente, como yo actué, con mucha rapidez y sin conciencia clara de sus movimientos.

Con una mano le tapé la boca a Ona, con la otra la impelí hacia el *hall*. Dije ásperamente:

—¡Calle, Ona! ¡Tenga calma!

Tennant ya estaba empujando a Joan hacia el interior y yo cerré la puerta con violencia.

—Llame un doctor, Nile, rápido —dijo Ona, entre sollozos.

Miré un instante a la víctima, mientras la tomaba por la cintura:

—Ya no necesita un doctor. Joan, llévatela.

La puerta del dormitorio se cerró tras ellas.

Tennant y yo nos arrodillamos al lado de mi amigo. Toqué la frente de Bill y sus manos. Estaban casi tan cálidas como si viviera.

—¡Dios mío! —dije—, él...

Olí el aire, pero el viento que entraba por el vidrio roto había borrado el olor a pólvora que podía haber habido en la habitación.

—Se fue mientras yo bailaba con Joan —dije, levantando la vista para mirar a los ojos ardientes de Tennant—. Habrá sido hace media hora... Cerca de las 12:30.

—Más o menos —murmuró Tennant, mirando su reloj.

—Entonces no hace más de diez o quince minutos que ha muerto. No puede hacer más tiempo.

Una vez más, toqué los dedos del muerto; estos estaban rodeando la empuñadura del arma. No la toqué. Nunca la había visto antes. Tennant señaló el círculo negro y chamuscado que rodeaba la herida.

—Parece que se apoyó la pistola contra el cráneo —dijo entre dientes, y se puso en pie.

Examiné la habitación para ver si todo estaba como lo habíamos dejado. ¡No! Mis ojos se detuvieron en la máquina de escribir portátil que estaba cerca de la radio. Cuando salimos había estado cubierta, estaba seguro. Ahora no lo estaba y en el carro había una hoja de papel blanco. Dije:

—Tennant, hágame el favor de ver si las muchachas están bien, ¿quiere? —Y cuando asentía y se daba vuelta para irse, di tres pasos en dirección a la máquina. Bajo algunas líneas tachadas con la letra X, vi mi nombre: «Querido Nile...». Quité la hoja y la guardé en el bolsillo antes de que Tennant cerrara la puerta y me mirara, diciéndome:

—Está bien. ¿Ahora qué hacemos?

—Ahora llamaremos a la policía —dije—. Este teléfono está descompuesto. ¿Quiere usted quedarse con Ona? Yo me llevaré a Joan conmigo.

Fui al dormitorio y llevando a Joan aparte, le dije:

—Tengo que hablar enseguida por teléfono y quiero que vengas conmigo. Más tarde me harás las preguntas que quieras.

Salimos juntos y mientras descendíamos en el ascensor noté que Joan me miraba con expresión interrogadora.

—Primero hablaremos por teléfono —dije—, pero no desde esta casa. Lo principal es alejarse, pues no sé hasta dónde puedo confiar en Tennant. Él mismo podría haber sido el asesino.

—¿Asesino? —dijo ella, incrédula—. Pero Bill tenía el arma en la...

—Querida, hay algo muy raro aquí. Dentro de un rato te diré más.

El negro del *garage* había cambiado la goma. Le di la propina y nos alejamos. Tomé la calle principal y me dirigí a una taberna cercana. Allí detuve el coche y entramos.

Llevé a Joan conmigo a la cabina telefónica y cerré la puerta. Cuando me respondió la voz de la telefonista le di el número con el que quería hablar. Es ese un número que no está en la guía telefónica. Una voz indiferente dijo en mi oído:

—Hola. ¿Quién habla? No hay nadie aquí.

Yo respondí:

—¿Qué tal, John? Habla Nile Boyd.

—¿Qué tal, comandante? —dijo la voz, con viveza—. ¿Qué me va a decir de bueno esta noche?

—¿Dónde está el coronel?

—Ahora está en Washington, comandante.

—Usted me servirá lo mismo. ¿Tiene un lápiz? Escriba esto. —Le di el nombre y la dirección de Bill Kerr—. ¿Ya lo ha escrito? Es el hombre que estaba escribiendo los editoriales por mí.

—Sí, ya lo sé.

—Bien, ya no lo hará más. Lo encontrarán muerto en esa dirección. Es su propio departamento. Lo mataron de un tiro hace más o menos tres cuartos de hora. Yo estoy en la esquina ahora y quiero que usted se ocupe de que alguno de los muchachos venga para acá inmediatamente, y será bueno que también notifique a la policía local. ¿Puede hacerlo?

—Sí, pero...

Durante tres o cuatro segundos oí el rascar del lápiz y la respiración laboriosa de mi interlocutor. John Steel era, de acuerdo a su modesta opinión, el mejor tirador de pistola del este de los Estados Unidos, pero para usar un lápiz no era gran cosa.

—Ya lo anoté, comandante —anunció, finalmente.

Colgué el auricular, miré los ojos interrogadores de Joan y le sonreí. Abriendo la puerta, le dije:

—Ahora siéntate, pequeña. Hablaremos un poco.

—Supongo —dijo ella, mientras nos sentábamos— que una dama no debería preguntar con quién estabas hablando, pero yo te lo pregunto.

—He decidido decírtelo todo —le respondí—. Pero no lo haré aquí. Lo más importante, por el momento, es arreglar dónde pasarás el resto de la noche.

—Supongo que podría ir a casa, pero no lo haré.

—Espléndido. Aunque tu mamá va a sufrir un ataque.

—Eso le hará bien —dijo Joan, tranquilamente—. Querido, ¿dónde iremos?

—No muy lejos —dije, después de pensar un momento—. Quiero decir que no debo alejarme, porque a las cuatro y media, más o menos, tengo una cita importante. ¿Qué te parece el hotel Seaview, cerca de Columbia Heights? Desde allí podré tomar el subterráneo para volver a Manhattan.

Así lo decidí. Tomamos el coche y nos fuimos al hotel Seaview.

El encargado pareció contento de verme.

—Frank, la señora Adams saldrá conmigo por la mañana —le dije—. ¿Puede darle una habitación con vista al mar? ¿Y ver de que guarden su auto? Está afuera.

El encargado me respondió que así lo haría. Yo dije:

—Tendré que volver a Nueva York dentro de poco tiempo. ¿Puedo ir a tu cuarto a fumar un cigarrillo contigo, Joan?

Cuando nos hubieron llevado a la habitación, cerré la puerta con llave. Joan se sentó en la cama, diciendo:

—Nile, ¿de veras tienes que irte?

Me senté a su lado y rodeándole los hombros con mis brazos la besé dos veces. Al fin le dije:

—Debo hacerlo, querida. Ahora te explicaré todo...

—Podrías esperar —dijo ella, levantándose— hasta que me empolve un poco. No tardaré mucho.

Mientras esperaba, leí repetidas veces las últimas palabras de Bill. Las letras negras parecían danzar en el papel mientras las miraba.

Esto es lo que había en el papel:

*Con esta nota te recomiendo, Ona. Escribo sin poder inspirarme antes sobre nuestro amor, sólo intento saber esto: ¿No es sólo tu encanto el dueño infinito, floreciente y cariñoso? Inspírame o...*

Aparentemente, Bill había tratado tres veces de escribir una nota de despedida para Ona. Había hecho tres pruebas, desechándolas a todas, pues había tachado con una X todas las líneas escritas. Luego dejó cinco o seis espacios en blanco y escribió más abajo, en el centro de la hoja, estas palabras:

*Querido Nile:*

*Lo siento mucho, pero tendrás que decirle adiós a Ona de mi parte. Dios sabe que no me gusta hacer esto, pero créeme: sé lo que hago y esta es la mejor manera. Para ti, espero que sigas luchando*

*como sé que lo harás, y dile a mi novia que en algún punto entre la muerte y el despertar, espero que nos encontraremos nuevamente.*

*Bill.*

Ese era todo el mensaje y, sin embargo, me parecía que no era todo. Tenía el presentimiento de que oculto en aquellas breves líneas había otro mensaje; algo que yo, y sólo yo, debía interpretar.

## CAPÍTULO II

No hacía mucho que había yo conocido a Joan. Quizá siete u ocho meses. Desde entonces habíamos estado juntos en todos los momentos en que pude hacerlo. Ella estaba ocupada y yo lo estaba aún más. Especialmente a mitad de año cuando comencé a trabajar a las órdenes del coronel.

Puedo explicaros la historia que se oculta detrás de mi última afirmación. Soy periodista y escribo editoriales para el «Evening Telegraph», es decir, escribía editoriales hasta comienzos de la primavera de 1941; en esa época, como resultado de varios artículos brillantes, dejé de ser periodista.

Un domingo por la tarde, el siete de diciembre, se oyó la noticia del ataque a Pearl Harbour. Me llamaron de Washington y partí a la mañana siguiente.

El coronel estaba muy ocupado. Me dijo que me avisaría cuando tuviera algo para mí. Hasta febrero no me llamó.

Entonces me comunicó que tenía un trabajo para ofrecerme, lo que me satisfizo enormemente, pues no podía engancharme en el ejército debido a una herida en la rodilla que había recibido en Madrid.

Estaba destinado a formar parte del nuevo grupo de agentes secretos conocidos como los G. 2 B. que trabajaban bajo las órdenes directas del coronel. Mi primera tarea, que comenzaría de inmediato para proseguir hasta lograr el triunfo o morir en la empresa, era el problema de detener las nuevas pérdidas que se estaban sufriendo con los convoyes.

Naturalmente, teniendo ese trabajo, no podría continuar escribiendo para el diario. Sin embargo, ya que tenía que trabajar a escondidas, mis artículos deberían continuar apareciendo para evitar posibles sospechas con relación a mis actividades.

Al encontrarme en este aprieto pensé en mi amigo Bill Kerr.

Habíamos estado juntos en Cambridge. Le fui a visitar inmediatamente. Fue entonces cuando vi por primera vez a Ona, con la que simpatiqué a primera vista. Me llevé a Bill a un lado y le hice mi proposición.

Él me dijo que lo pensaría y al día siguiente me llamó por teléfono para comunicarme que tendría mucho gusto en escribir por mí.

De tal modo, aunque estuviera yo trabajando las 24 horas del día para solventar un caso sospechoso en Florida, mi artículo apareció regularmente todas las tardes en un diario de Nueva York.

Le conté a Joan todo esto, o casi todo, entre las dos y cuarto y las tres menos cuarto de aquel sábado por la mañana, mientras ella me escuchaba sin decir palabra.

Yo proseguí:

—Eso es todo. Y te diré que no debería estar contándote esto, querida. Pero sucede que la muerte de Bill mientras estabas tú allí te complica junto conmigo, porque estoy moralmente seguro de que lo mataron debido a que sabía demasiado. Por lo tanto, ya que debes enfrentarte con las preguntas impertinentes de la policía, me parece que tienes derecho a saberlo todo.

Meditó silenciosamente un rato y dijo al fin:

—¿Y Ona? ¿Sabe ella lo que Bill hacía por ti?

Le respondía con toda sinceridad:

—Eso es lo que me tiene preocupado. No lo sé. Se supone que nadie debe saberlo; nadie, aparte de Bill, el coronel y yo, y, por supuesto, el dueño y el editor del diario; ellos tenían que enterarse, pues debían permitir que Bill escribiera mis artículos.

—¿Y el hombre con quien hablaste por teléfono también debe...?

—No le cuento porque él es la mano izquierda del coronel. En realidad es su guardián. Se llama Steel, lo que me recuerda que debo llamarle...

—Espera un momento. Todavía no me has dicho qué trabajo secreto es ese que estás haciendo.

—Ni tampoco te lo diré.

Tomé el teléfono y pedí el número a que había llamado antes. La voz de Steel dijo bruscamente:

—Hable.

—Hable Boyd, John. ¿Hay novedades? Hablo desde un hotel.

—Sí —me respondió apresuradamente—. Recibí una llamada hace unos diez minutos. Ya está todo bajo control.

—Espléndido. Quizá lo vaya a ver pronto. Salgo para la ciudad ahora.

Colgué el auricular y le dije a Joan:

—Querida, no te pongas tan triste. ¿Crees que te dejo con gusto?

Ella me respondió:

—Nile, estoy muy orgullosa de ti.

—Y yo estoy muy enamorado de ti.

—Y sin embargo me ocultas la verdad.

—No es así —dije indignado.

—¿Por quién me abandonas? —preguntó Joan—. ¿Vas a ver a alguna rubia?

No pude contener la risa.

—Si supieras cómo es la persona con quien me voy a encontrar, tú también te reirías.

\* \* \*

La niebla proveniente de los Narrows cubría el barrio de Borough Hall con una mortaja grisácea en el momento en que bajé yo la escalera del subterráneo. Ya eran más de las tres y me sentí un poco preocupado respecto a mi proyectada visita al señor Steel. Sin embargo, ya que él me esperaba en el departamento del coronel en el Hotel Biltmore, que estaba muy cerca del sitio adonde me dirigía, pensé que llegaría allí a tiempo.

Así fue. Faltaban veinte minutos para las cuatro cuando ascendí las escaleras para entrar en el desierto *hall* del Biltmore y oprimí el botón del ascensor. Tres minutos más tarde saludaba a un joven que me observó atentamente desde la puerta marcada 1886 y treinta segundos después me enfrentaba con la cara roja y truculenta de Steel que me estrechaba la mano sonriente.

—Pase, comandante —me dijo—. Se parece esto a un cementerio esta noche.

—Estoy muy apurado para llegar a la estación, por lo tanto no me demoraré. Cuénteme las noticias que hay de Brooklyn.

—Él llamó a las tres y yo le relaté lo que usted me había dicho. La policía local tiene el asunto entre manos, pero él...

—¿Quién es él?

—Creí que le conocía a usted. Es Ed Lonergan, de nuestra seccional del Sur. En realidad es el que está manejando el asunto. Estaba escribiendo a máquina lo que me dijo.

Me incliné sobre la máquina portátil que estaba sobre la cama y leí el papel: *Comunicación recibida de E. Lonergan, N.º 386, a las 3:05. Abril 1942*, era el encabezamiento de la hoja. La comunicación decía que actuando por informes recibidos de P., se había llevado a la morgue el cuerpo de William Kerr, que presentaba una herida en la sien derecha, recibida, según se

presumía, a las 12:30 más o menos con la misma pistola automática que se había encontrado en su mano derecha. Se estaba llevando a cabo el interrogatorio de dos personas que estaban en el departamento: H. Tennant y O. Kerr, respectivamente amigo y esposa de la víctima. Se necesitaba averiguar el paradero de las otras dos personas que cenaron también allí: Nile Boyd y una joven llamada Adams...

Le di el mensaje de Bill, explicándole dónde lo había encontrado. Ambos estudiamos el papel y yo dije:

—John, estoy seguro que esto tiene un significado oculto. Estúdielo mientras yo me voy, ¿quiere?

—¿Con quién tiene que encontrarse en la estación? Algunos de estos muchachos de G. 2. son nuevos aquí en el Este.

—Usted lo conoce. Me mostró su retrato. Es ese a quien llaman Jake.

El detective del hotel me miró con suspicacia cuando salí del ascensor. Luego me reconoció, saludándome. Le devolví el saludo, salí del hotel y me fui a la estación Gran Central.

El reloj que señalaba la llegada de los trenes marcaba exactamente las 4 y 10.

A esa hora de la madrugada la estación está siempre llena de gente extraña que no se ve por allí durante el día.

De arriba abajo se pasean incesantemente dos policías de rostro serio y ojos vigilantes. Pero detrás de su aspecto retador existe mucha bondad humana, y los duros bancos de la estación están ocupados, durante las horas de la madrugada, con los desamparados de la gran ciudad que roban así un momento de descanso a sus vidas agitadas.

Me acosté boca arriba entre un hombre muy delgado de cabellos blancos y otro que se abrigaba con un sobretodo de pieles medio comido por las polillas. Mis ojos estaban cerrados aparentemente. Al cabo de un rato los policías se acercaron para llevarse a uno de los ocupantes del banco, y no le vi más. El lugar que había ocupado permaneció vacío.

A las cuatro y veinticinco (podía ver el reloj por entre los párpados semiabiertos) comencé a perder la esperanza. A las cuatro y treinta un personaje de aspecto horroroso se sentó a mi lado. Llevaba una gorra verdosa muy sucia, bajo la cual se notaba su cabello gris y áspero; su sobretodo despedía aromas poco placenteros, y el rostro estaba cubierto por una barba rojiza de la que emergía una nariz delgada y ganchuda y la mirada de dos ojos muy brillantes.

Me puse contento, pues al fin había llegado Jake.

Jake tosió y yo me aclaré la garganta. Luego su voz aguardentosa dijo:

—¿Tiene usted un cigarrillo, señor?

Fingí despertar, me senté y le dije:

—¿Un cigarrillo? Seguro. Sírvase.

Saqué un paquete del bolsillo y se lo ofrecí en mi mano derecha formando con el índice y el dedo medio una V. Sin vacilar, pasó él su pulgar y su dedo anular a través de la V y sacó un cigarrillo.

—Gracias, patrón —murmuró al encender el cigarrillo y se acomodó en el banco. Todo lo que tenía que hacer ahora era esperar sus indicaciones.

—¿Quiere beber un poco? —me preguntó en un murmullo.

—No, gracias.

—Usted me dio un cigarrillo y yo le daré un trago —dijo Jake.

Me guiñó un ojo levemente.

—Ya sabe usted que no puede beber aquí —le respondí en tono divertido y protector—. Los policías le llevarán preso.

—Es verdad —dijo al cabo de un momento de reflexión—. Es verdad. En el baño lo podré hacer.

—Sí —respondí—, probablemente no te molestarán allí.

—Sin embargo, se me presenta un nuevo problema —dijo Jake.

—¿Cuál es?

—¿Dónde está el baño?

—Justamente estaba por ir yo —le dije alegremente—. Venga conmigo que yo le acompañaré.

Le tomé del brazo para guiarle hacia el baño. En él había dos soldados que estaban lavándose las manos, y un negro somnoliento que limpiaba los retretes. Nos inclinamos para lavarnos las manos. A la luz clara de la lámpara podíamos vernos las caras. Y noté que los ojos de mi compañero parecían estar estudiando cuidadosamente mis rasgos fisonómicos.

—Usted es Boyd —afirmó con un nuevo tono de voz.

—Sí —le dije—. Es un placer para mí el conocerle, Jake.

Me sonrió al responderme:

—Tome el sobre usted mismo. Está en ese bolsillo.

Introduje mi mano en su bolsillo y retiré un papel que guardé en el interior de mi chaqueta.

—Eso es para el coronel en persona —dijo en tono de mando.

—Por supuesto. Dentro de cinco minutos se lo entregaré. ¿Cuándo le veo a usted de nuevo?

—¿Conoce el distrito del Navy Yard en Brooklyn?

—Lo conozco lo suficiente como para encontrar una dirección.

—En 48 B. Sand Street —dijo—. Hay una taberna de propiedad de un griego. Encuéntrese conmigo allí alrededor de mediodía. Me parece que he descubierto algo importante.

Algo golpeteaba en los escalones. Apareció un pie que buscaba a tientas el escalón más bajo. Mi compañero me indicó el pie con la cabeza y dijo en voz alta:

—Muchas gracias, señor, alguna vez le devolveré el favor.

—No tiene importancia —dije en voz alta y tono alegre.

Vi que se acercaba el anciano de cabellos blancos que había estado acostado en el banco al lado mío. Con su bastón tanteaba el camino antes de avanzar. Usaba anteojos oscuros que escondían sus ojos por completo. Cuando pasé a su lado silenciosamente no volvió la cabeza ni cesó de avanzar. Sin embargo por alguna razón desconocida me dio la impresión de que podría ser cualquier cosa menos un ciego.

Esta vez en el exterior de la puerta del coronel estaba sentado otro joven y tuve dificultades en hacerle entender que realmente tenía negocios allí dentro. Finalmente él mismo llamó a la puerta y entramos, encontrando que Steel estaba tomando un baño.

—Enseguida estoy con usted, comandante —dijo— y así fue. Se me acercó ataviado con una toalla turca que le ceñía la cintura. Era ese un departamento pequeño: una salita, un dormitorio grande con camas gemelas, y un cuarto de baño. Y parecía aún más pequeño de lo que era debido a que estaba enteramente ocupado por varios gabinetes de archivos, un par de máquinas de escribir, un aparato de radio de onda corta, y varios teléfonos.

Le dije a Steel, mientras le entregaba el sobre:

—Llegó allí a tiempo. Es un gran muchacho, ¿verdad?

—Así es —dijo Steel con indiferencia—. Ahora tendré que descifrar todo esto antes de que llegue el coronel, y además tengo muchísimo trabajo.

—Es terrible —dije—. Mi corazón sangra por ti... vagabundo. Debo encontrarme con Jake nuevamente a mediodía en 48 B. Sand Street, Brooklyn, donde hay una taberna dirigida por un griego. Eso es todo lo que sé.

Me senté pesadamente en la cama. Comenzaba a sentirme un poco fatigado.

En ese momento, sonó la campanilla de uno de los teléfonos.

\* \* \*

Ese es otro de los instantes que recordaré siempre mientras viva. Quizá para la época en que cumpla los ochenta, el horror que sentí se habrá debilitado un poco, aunque lo creo improbable.

Steel, que se había puesto los calzoncillos y una media, estiró el brazo hacia el teléfono y descolgó el auricular.

—Hola —dijo—. ¿Quién habla?

Entonces una expresión de sorpresa pareció cubrir todo su rostro. Me dirigió una mirada.

—Le habla una señora —dijo Steel, ofreciéndome el auricular—. Apenas se la entiende. Dice que quiere hablar con *usted*.

Me asaltó un súbito temor y le quité el auricular de la mano, diciendo:

—¡Hola!, habla Boyd.

Como un suspiro que llegaba desde la lejanía, me respondió la voz de Joan:

—¡Nile! —dijo— ¡Nile! —parecía un quejido de ultratumba.

—Habla Nile, querida. ¿Qué pasa?

Oí entonces otro sonido, un sonido que parecía el golpe de una mano contra la carne, y un lamento de angustia. Una voz masculina dijo en mi oído:

—¿Oye usted a su novia, amiguito? Parece que no está muy bien, ¿verdad?

Miré a Steel y le señalé los instrumentos, diciéndole sin palabras: «Averigüe de dónde viene la llamada». Asintió y se dirigió a la otra habitación mientras yo decía:

—¿Dónde está ella y qué quiere usted?

Oí una risotada que me hizo subir la sangre a la cabeza.

—En este momento está en el suelo —dijo la voz—. Parece que no le gusta que le tuerzan el brazo.

—Si usted le pone las manos encima —le respondí— se arrepentirá de haber nacido. Si quiere algo de mí, déjeme hablar con ella antes.

—Caramba, nos gustaría hacerlo —dijo la voz, con expresión burlona—, sólo que tendrá que esperar un poco porque se ha desmayado. ¿No pensará usted averiguar de dónde le estamos llamando, verdad? Quédese donde está durante cinco minutos y quizá le llamaremos nuevamente.

Se cortó la comunicación.

Apareció la cara de Steel en la puerta. Parecía una máscara de piedra; dijo tranquilamente:

—¿Han capturado a una amiga suya?

Asentí, preguntándole si había logrado localizar la llamada. Steel me dijo con pena:

—No pude, pues la llamada fue demasiado corta.

—La dejé en el Seaview —dije—, en el cuarto 1042. De allí lo llamé a usted y le dije que la llamaría a ella tan pronto como me encontrara con cierta persona. Estaba por llamarla cuando sonó el teléfono.

—¿Cómo sabe ella este número?

—Me oyó las dos veces que llamé. Acaban de hacerla hablar en el teléfono. Parecía estar sufriendo terribles dolores. Luego la voz masculina dijo que no quería que localizaran la llamada y que llamarían dentro de cinco minutos.

—Es verdad —dijo Steel, pensativo—. Deben estar en alguna casa de propiedad de ellos, ahora saldrán para llamar desde otro lado...

Sonó nuevamente la campanilla del teléfono.

—Habla Boyd —dije yo.

—Lo que queremos —dijo la voz—, es conversar con usted, amiguito. Con usted solo. ¿Está usted en su propio departamento?

Se aceleraron los latidos de mi corazón; me di cuenta de que no sabían dónde estaba; sólo conocían el número del teléfono.

—Sí, así es —le respondí.

—¿Qué dirección es?

Steel acercó su cara a la mía y sacudió la cabeza violentamente. Yo asentí.

—Está en la calle 56, entre la Quinta y la Sexta Avenida —respondí—. Si desean hablar en privado, no querrán venir aquí.

—Ahora nos entendemos —dijo la voz, con tono aprobador—. Vuelva a Brooklyn tomando el subterráneo. Descienda en el Boulevard Rindge. Camine por allí tres cuadras en dirección a la fábrica Edison. La verá desde la estación del subte. Cuando llegue a la taberna de Frank, párese en la puerta, y antes de que espere mucho le daremos allí la dirección donde debe ir.

—¿Quiere usted decir que debo ir ahora?

—Así es, amiguito —dijo la voz—. Y no se atrase porque su novia lo pasará mal.

—Allí estaré —dije, con voz entrecortada—. Aunque no creo que pueda llegar hasta las 6:15. Son ya casi las 5 y media.

—Muy bien, pero no llegue muy tarde. Y recuerde esto: Si hay alguien con usted o piensa hacerse seguir por la policía, será mejor que cambie de idea.

Nuevamente se cortó la comunicación. Steel estaba parado cerca de la ventana con las manos hundidas en los bolsillos.

—Ya oí —dijo—. No puede usted hacerlo, comandante. Será un suicidio.

—¿Suicidio? —repetí, con voz monótona, y él prosiguió:

—Se trata de una celada. Una celada al estilo de Chicago: «Quédese quieto un minuto, señor, mientras yo le acribillo».

—No le entiendo.

—Quiero decir que estará usted parado allí, mientras pasan autos y gente que va a su trabajo, y nadie presta atención a las explosiones de los escapes de los automóviles, y luego ya no está usted parado sino tirado en el suelo, con el cuerpo lleno de plomo.

—Entonces, ¿no quieren hablar conmigo?

—No, comandante; quieren liquidarlo para siempre. Probablemente se han figurado que su amigo Kerr sospechaba algo; por lo tanto lo borraron del mapa; luego se figuraron que él podría haberle dicho a usted algo, por lo tanto van a borrarlo a usted del mapa. Raptaron a su novia para poder encontrarle a usted.

—John, debo ir, y usted lo sabe —dije—. Quizá tenga razón, pero debo ir o me volveré loco.

Steel miró la hora: 5:32, y tomó uno de los teléfonos.

—Espere un minuto —me dijo—. Hola. Habla Steel, niña; haga traer el *Cadillac* del coronel a la puerta de entrada.

Colgó el auricular y comenzó a ponerse los pantalones. Yo dije:

—No irá usted conmigo. Ya oyó lo que dijo ese individuo respecto a que debía ir solo.

—¡Silencio! —me respondió, mientras calzaba sus enormes pies—. Tengo que pensar.

\* \* \*

A las seis menos cuarto salimos de Biltmore y ascendimos al coche del coronel, que nos esperaba en la puerta.

No vi el rostro del conductor, pero este debió haber nacido en la pista de Indianápolis, pues nos llevó atravesando el tránsito como una anguila que se escurre por entre las redes. Steel dijo, mientras se hacía el nudo de la corbata:

—Quizá me equivoque, pero haré lo que me parece correcto en este momento.

—¡Ya lo creo! —dijo, con sincera gratitud. Había llamado a la policía federal para darles algunas instrucciones, antes de que saliéramos.

—Llegaremos a las seis y quince —dijo—. Hará usted lo siguiente: Se bajará a una cuadra de la estación del subterráneo, luego camine hasta la taberna de Frank, tal como se lo dijeron. Entonces llegará lo difícil. Quiero decir el hecho de que se quede esperando, pues puede estar seguro de que vendrán ellos; vendrán y tratarán de matarlo a tiros. ¿Cree usted que podrá hacerlo?

—Sí, señor.

—Lo único que puedo recomendarle es que mantenga los ojos bien abiertos. Si me ve usted por allí cerca no dé señales de que me conoce.

—¿Qué? ¿Va a estar usted por allí?

—¿Y qué infiernos creía usted? —dijo con calma—. ¿Creyó que venía a pasear? Quizá podamos darles una pequeña sorpresa a esos muchachos. ¿Tiene usted una pistola?

—No. ¡Qué estúpido he sido!

—No importa —dijo Steel. Ya llegábamos al puente de Williamsburg.

En el extremo opuesto del puente doblamos a la izquierda y nos detuvimos.

—Has estado muy bien, Jack —felicitó Steel al conductor, y luego me dijo—: Cruce aquí la calle y vaya hasta la entrada del subterráneo, tal como se lo recomendé.

—Hasta luego —le respondí, alegremente, mientras descendía. En un momento el coche se alejó velozmente. Permanecí un momento observándole desaparecer entre el tránsito. Me volví para dirigirme a la estación del subterráneo. Eran las 6 y 12 minutos.

El Boulevard Rindge es una calle ancha y recta que en ese sitio está bordeada por lotes desocupados y uno que otro bar. Las chimeneas de la fábrica Edison apuñalean el cielo a tres cuadras de distancia. Me dirigí hacia ella a buen paso, pues no quería llegar tarde.

Al llegar cerca de la taberna de Frank acorté el paso y miré sobre mi hombro. No vi ningún auto que se acercara. Descendí de la vereda caminé con paso firme hacia la otra acera deteniéndome bajo el letrero luminoso de la taberna. Golpeé la puerta pero no obtuve respuesta, crucé la acera en dirección a un depósito de metal que estaba al lado de un poste telegráfico. Me detuve allí y encendí un cigarrillo.

No veía señales de Steel. Súbitamente me di cuenta que un automóvil de color negro se acercaba a mediana velocidad, pegado a la acera.

Mientras estaba el coche todavía a una cuadra y media, arrojé el cigarrillo y me di vuelta para tratar de localizar a Steel. Al volverme nuevamente, me pregunté quién viviría en el piso alto de la taberna de Frank. El ruinoso edificio tenía dos pisos, y en el superior había dos ventanas, cuyas celosías estaban cerradas. Estaban directamente sobre el sitio donde permanecía yo.

Al acercarse el coche negro, caminé para tratar de ponerme al abrigo del poste telegráfico; al hacerlo, pasó el coche frente a mí y no sucedió nada.

Si me hubieran matado, la culpa hubiera sido mía. A unos quince metros detrás del coche negro, se acercaba un *Cadillac* gris de líneas aerodinámicas. Al quitar la vista del coche negro, noté la presencia del auto gris casi en el mismo momento en que estaba frente a mí, y en ese mismo instante me di cuenta de tres cosas: que había visto antes ese automóvil, que la ventanilla trasera estaba abierta y que desde ella me apuntaba una ametralladora.

Me dejé caer detrás del recipiente de metal en el momento mismo en que una cortina de llamas ocultaba los contornos del automóvil. El recipiente de metal pareció explotar cuando las balas de la ametralladora hicieron impacto en él arrojándolo con tal fuerza sobre mi cara que creí que me aplastaba la nariz. Una mano gigantesca me quitó el sombrero de la cabeza y algo parecido a un martillo pilón golpeó mi pie izquierdo en el momento mismo en que oí otro sonido sobre mi cabeza: una triple explosión que aparentemente venía desde el aire.

Una garganta de acero hablaba desde arriba, no muy lejos. Descansando sobre un costado en la acera, oí un quejido agudo que provenía del automóvil gris y este se arrojó hacia adelante a toda velocidad. En ese momento, desde la calle transversal, emergió un enorme camión que deliberadamente atravesó el camino que debía recorrer el *Cadillac*. Se oyó un ruido ensordecedor y el coche gris rodó a un lado. Se abrió una puerta y salió una pequeña figura que se inclinaba al avanzar.

Nuevamente habló la pistola de Steel desde las celosías del piso alto de la taberna, y la figura se desplomó al suelo.

\* \* \*

Recordé que había visto al *Cadillac* gris en el *garage* cercano a la taberna de Papá Joe. Me puse en pie y oí la voz de Steel que me decía:

—¿Le hirieron? ¿No? Nació usted con suerte.

Estaba él en pie con ambas manos metidas en los bolsillos del saco. Yo dije, recobrando mi sombrero, que tenía dos perforaciones:

—Nunca he visto una puntería tan perfecta. ¿Qué hacemos ahora?

Un policía pasó a nuestro lado corriendo y tocando el silbato. Dos hombres habían descendido del camión y se inclinaban sobre la pequeña figura caída. Steel dijo:

—Nos vamos corriendo.

Me volví para ver que el coche del coronel se había acercado. Nos metimos en él.

El auto arrancó bruscamente y yo dije:

—¿Adónde..., sabrán ellos adónde deben...?

Steel me respondió:

—No vaya usted a creer que ese camión estaba allí por accidente. —Se veía que estaba muy complacido consigo mismo—. Hotel Seaview —le dijo al conductor. Me di cuenta de que me faltaba el taco de mi zapato izquierdo.

—¿Cómo estaba usted en el piso alto? —pregunté.

—Fue fácil —dijo riendo—. En la parte trasera del bar había una puerta y la abrí con una ganzúa. Si no hubiera podido entrar me hubiera parapetado en uno de esos autos viejos que estaban detrás de usted.

—¿Quién estaba en el auto gris, además del que salió?

—Sólo él y un tipo que llevaba la ametralladora. Espero sinceramente no haberles matado, pues queremos que hablen.

No tuvimos éxito en el hotel. Frank nos dijo que la señorita Adams había recibido una llamada telefónica alrededor de las cuatro, y a las cuatro y cuarto salió y pidió un taxi. Parecía que estaba nerviosa. Era todo lo que Frank nos pudo comunicar.

Nuevamente en el coche, ninguno de nosotros habló. Marchamos algunas cuadras y nos detuvimos frente a un edificio gris de siniestra apariencia, cuyas ventanas estaban guarnecidas con barrotes de hierro.

—Hola, Eddy —saludó Steel al sargento encargado—. ¿Dónde tienes a los muchachos del Boulevard Ringe?

—¡Bien, bien, bien! —exclamó el sargento, poniéndose en pie. Se estrecharon las manos y prosiguió—: Pasa por ahí detrás y baja la escalera, Johnny —indicó el sargento—. Les avisaré que van ustedes.

Tomó el teléfono interno cuando nos retirábamos nosotros.

La escena que vimos en el piso bajo no era muy edificante. Era un cuarto grande y desnudo, sin ventanas. Había un ventilador en el techo. En el medio del cuarto se veían dos camillas en las que estaban acostados dos hombres. Había policías en abundancia, pero lo que más me llamó la atención fueron

los dos rostros iluminados por el resplandor de una inmensa lamparilla eléctrica. Me pareció que ambos estaban muertos.

A su lado había un médico de uniforme blanco, que les observaba atentamente. En el momento en que entrábamos, decía él:

—Este individuo ha recobrado el conocimiento y se está haciendo el desmayado. Mírenle los párpados.

Señaló al más grande de los dos hombres, cuya cara amarilla parecía la de un oriental, cabello negro lacio, perfil achatado, mandíbula prominente y pómulos salientes.

—¿Y el otro pistolero? —dijo un detective alto y delgado que vestía un traje azul.

—Todavía no lo sé —dijo el doctor—. Le acabo de dar una inyección que serviría para despertar a un elefante. Espérense un poco más.

El más pequeño de los dos hombres movió una pierna y se quejó. Movié la cabeza de un lado a otro y abrió los ojos. Parecían los ojos de una rata aterrorizada.

—Bueno, bueno —dijo una voz profunda, con tono áspero—. Vamos a ver si nos dicen algo. —Un corpulento teniente de policía se acercó al oriental y se puso de rodillas—. ¿O te gustaría más que te arruine la cara?

El rostro amarillento no dio señales de vida. El teniente le miró con ira.

—Contéstame, atorrante, cuando te hablo —dijo rabioso.

El oriental abrió los ojos lentamente, mientras formulaba palabras incoherentes.

—Ese es Chinky Ellis —dijo otra voz.

—¿Quién? —dijo el teniente, volviéndose.

—Chinky Ellis, teniente. Era el encargado de manejar la ametralladora en una de aquellas pandillas de Detroit.

El teniente rugió:

—¿Te llamas Ellis? —El oriental afirmó con la cabeza.

—Muy bien —dijo el teniente—. Mucho gusto. Yo soy Heffernan, del departamento de homicidio, y quizá ya me conozcas.

Un temblor agitó el cuerpo que yacía en la camilla.

—¿Cómo te llamas tú? —preguntó Heffernan, dirigiéndose al hombre de la cara de rata.

Este parpadeó varias veces y entreabrió los labios; una expresión de dolor le desfiguró, y movió el brazo para señalar un magullón que tenía en la mandíbula.

El médico se inclinó para examinarlo. Al cabo de un momento dijo:

—¡Maldita sea! Tiene la mandíbula fracturada.  
El teniente tomó una silla, se sentó al lado de Ellis y dijo:  
—Muy bien, entonces tendrás que hablar tú. ¿Cómo se llama tu compañero?  
—Tony Saviot.  
—¿De quién era el auto?  
Le contestó el silencio.  
Yo interrumpí en ese momento para decir:  
—Teniente, vi ese auto anoche en un *garage* que está al lado de la taberna de Papá Joe, cerca de Cross Court.  
—Debe ser el *garage* de Maione —dijo uno de los detectives—. ¿Me voy para allá, teniente?  
—Y tráetelo —asintió Heffernan.  
El detective se fue rápidamente.  
—Teniente, me llamo Steel —declaró John.  
Heffernan le dirigió una mirada truculenta y Steel dio vuelta su solapa para que el teniente viera el botoncito que tenía allí. Dijo este, de mala gana:  
—¿Y bien?  
—Quiero hablar con usted una palabra —prosiguió Steel.  
Los dos se dirigieron a un rincón del cuarto y conversaron un momento en voz baja. Luego oí que Heffernan decía:  
—Ya entiendo —y ambos retornaron.  
Sin decir palabra, Heffernan se inclinó sobre el cuerpo de Ellis y dijo:  
—Escúchame, gusano. Ya me conoces. No tengo mucho tiempo que perder. Quizá no quieres curarte, ¿eh?  
Pude imaginarme lo que pensaría Ellis y pareció que Heffernan también se daba cuenta, pues prosiguió:  
—Crees que no lo haré, ¿verdad? Bien, esta vez te equivocas, vagabundo. No estamos en Detroit, esta es Nueva York... Y estamos en guerra.  
Se irguió y, dirigiéndose a los presentes, recomendó:  
—Acuérdense bien, todos ustedes; este vago se lastimó solo. Así lo encontramos en su celda...  
La enorme cara amarillenta se puso tan húmeda como si la hubieran bañado con agua. La voz quejumbrosa del pistolero dijo:  
—¿Qué quiere saber, teniente? El auto era de Vic Maione...  
El bandido se había rendido por completo. Heffernan sonrió y se sentó nuevamente en la silla, sacó una libreta de cuero negro y un pedazo de lápiz.  
—Muy bien —dijo—. Vic Maione... Cuéntame todo.

—Sucedió así, teniente —dijo Ellis, temblando—. Nosotros...  
La esperanza se despertó nuevamente en mi pecho.

## CAPÍTULO III

Todo eso sucedió a las siete y media. A las ocho y media, Steel y yo descendimos del auto del coronel y entramos al Biltmore.

Durante los últimos diez minutos había estado yo orando. Mi desesperación se debía a que habíamos averiguado muy poco.

Ellis había dicho que él y su compañero eran empleados por Victor Maione de vez en cuando para hacer toda clase de trabajos.

Maione le había llamado esa mañana alrededor de las cuatro, diciéndole que buscara a Tony Saviot y se presentaran a trabajar a las cinco y media. Así lo habían hecho, recibiendo instrucciones de Maione para que salieran en el *Cadillac* gris y pasaran frente a la taberna de Frank alrededor de las seis y cuarto. Allí debían darme un susto, sin herirme.

Eso era todo lo que sabía, pero su ignorancia con respecto a otros detalles no nos pareció extraña, ya que la norma de la Gestapo o de cualquiera otra organización de espías es que los miembros poco importantes nunca deben saber mucho para que no comprometan a los principales.

Al subir al piso superior, me enteré por el sargento de guardia que Maione había huido.

Steel y yo salimos del ascensor y nos dirigimos al cuarto 1886. Había otro joven guardando la puerta del coronel. Steel le preguntó si había llamado alguien por teléfono.

—Sí —dijo el guardián—, hace unos cinco minutos llamó un individuo que quería hablar con el señor Boyd y yo le contestó lo que Marshall me dijo cuando le relevé —respondió el guardián—. Le dije que el señor Boyd había salido pero volvería más tarde.

A través de la puerta cerrada oí sonar la campanilla del teléfono y entramos a escape en la habitación. Steel atendió el teléfono.

La voz que llegó desde el otro extremo de la línea no era la que yo esperaba.

—¡Sí, señor! —exclamó Steel, irguiéndose—. Han pasado muchas cosas, coronel. ¿Vendrá usted aquí?

Al cabo de un momento Steel colgó el auricular.

—Está en el aeródromo —me dijo—. Vendrá por aquí dentro de veinte minutos.

Esos veinte minutos me parecieron interminables. Al cabo de unos instantes Steel mandó a pedir el desayuno, pero yo no le pude acompañar aunque tomé una taza de café negro.

—Será mejor que se ponga un poco de yodo en esa herida del labio. En el baño hay un poco.

Me estaba curando cuando se abrió la puerta exterior y oí la voz del coronel.

Ya he dicho que no mencionaré su nombre. En realidad, aunque fue famoso durante la primera guerra mundial, hay muy pocas personas que le recuerden todavía. Ahora tiene alrededor de unos sesenta años, delgado y tieso, con el rostro de un ascético y ojos azules; su cabello es de un gris plateado.

Salí del baño y me saludó cordialmente:

—¡Hola, Nile! Me alegro de verle.

Arrojó una pesada cartera sobre la cama y se sentó.

—¿Todavía está caliente el café? —dijo, tranquilamente.

Steel le sirvió una taza y comenté:

—He tenido a John muy ocupado esta mañana. Parece que han raptado a mi novia. Usted no la conoce. Se llama Joan Adams...

Sus facciones se inmovilizaron. Sólo dijo una palabra:

—¿Detalles?

Se los di con toda rapidez. Me interrumpió sólo una vez, cuando le estaba relatando nuestra llegada al Seaview y mi partida subsiguiente.

—Dígame la verdad —me espetó—. ¿Sabe ella que está usted trabajando con nosotros?

—Yo... sí.

—¿Por qué? —dijo el coronel, fríamente, mientras fruncía el ceño.

—Como se vio complicada en el asunto Kerr, me pareció justo explicarle algo de lo que pasaba.

—No estoy de acuerdo con usted, pero no discutamos el asunto. Prosiga.

Proseguí relatándole el resto de los acontecimientos.

Cuando terminé, permaneció un momento mirándome con fijeza, aunque me di cuenta de que no veía, pues sus pensamientos estaban en otro sitio. Luego se puso en pie y se dirigió a la ventana. Me preguntó:

—¿Dónde está la carta de Kerr?

Se la di. Él la leyó una vez apresuradamente. Yo estaba observando sus ojos, pues su rostro era inexpresivo. Luego comenzó a leerla nuevamente. Sus ojos fueron hacia la derecha, izquierda, derecha, izquierda, derecha... y se detuvieron.

Con voz monótona y tono extraño, me preguntó:

—¿Ha visto Steel esto?

—Sí, coronel —dijo Steel.

—¿Y ninguno de ustedes sacó nada en claro?

—Nada que no sea obvio —respondí yo.

Me pareció una respuesta perfectamente inocente, pero el coronel me dirigió una mirada y exclamó:

—¡Oh, Dios! Si esto es cierto...

No pude evitarlo. Me acerqué y apoyé mi mano sobre su brazo.

—¿Qué cosa? —dije entre dientes.

Durante un momento me pareció que me iba a golpear. Antes de que pudiera pronunciar otra palabra me dijo algo más devastador que si me hubiera pegado un tiro.

—¡Váyase!

Permanecí inmóvil, mirándole estúpidamente.

—Ya me ha oído. ¡Váyase!

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir —me replicó incisivamente—, algo que debería estar claro aun para su inteligencia. Ya no nos es usted útil. Hemos terminado.

—Usted no quiere decir eso, coronel —dije.

—Usted hizo un juramento —me respondió—, y no lo ha cumplido. Ya no lo puedo usar más.

—Muy bien. Si así lo quiere. No le di ningún detalle; ella sólo sabe que estoy trabajando en el servicio secreto...

—Que es lo que queremos que nadie sepa. Esa es una de las razones de que su amigo Kerr haya muerto. Adiós, Boyd. Y muchas gracias por sus servicios.

Me quedé mirándolo fijamente y luego saludé y me retiré...

Cuando salí del ascensor en el piso inferior, me encontré con Steel.

—Oiga —estaba diciendo—, oiga, comandante.

Me tomó del brazo y me llevó hacia un rincón.

—Dentro de cinco minutos —me dijo— el coronel se va a arrepentir de la forma en que le despidió. Yo lo sé. ¿Dónde va usted ahora?

—¿Cómo puedo saberlo? —le repliqué—. ¿Se le ocurre alguna idea?

—Si yo fuera usted, iría a ver al amigo Jake.

—¿Jake?

—Seguro. No hay ninguna ley que le prohíba ir al sitio donde tenía que encontrarse con él. Cuénteles todo. Dígales que vamos a cambiar el teléfono de aquí inmediatamente. Dígales que en cuanto lo cambiemos, le avisaremos a Charley Muland. No se olvide de ese nombre. Luego, si él está conforme, pueden llamar al nuevo número y yo les diré cómo andan las cosas.

—Muy bien, muchacho. Muchas gracias —le dije, agradecido.

—No tiene importancia, comandante —me respondió, algo embarazado—. ¿Tiene usted una pistola? ¿No? Tenga esta, entonces —y me dio una pequeña pistola automática que guardé en el bolsillo.

Le dije, muy conmovido:

—Espero que algún día podré agradecerérselo, John. Creo que iré a ver a Tennant antes de ver a Jake.

Reflexionó un momento.

—Quizá haya algo en eso.

—No veo que haya nada de malo —le respondí—. También pensaré respecto a esa carta. ¿Tiene usted alguna idea de cómo la interpretó el coronel?

—Ni la más mínima —confesó, sacudiendo la cabeza—. Quizá lo diga cuando llame usted.

Eran las nueve y media.

A las diez y cuarto bajé del taxi a una cuadra de Cross Court. No había gozado del paseo.

Recuerdo que durante el viaje, saqué un lápiz y un papel y traté de escribir de memoria el último mensaje de Bill. Tengo una memoria de esas que se llaman «fotográficas», lo que no quiere decir que me olvide fácilmente del paraguas, los guantes, y de echar las cartas al buzón, aunque no olvido nunca una cosa que he visto una vez.

Fijé los ojos en el techo del taxi y súbitamente me pareció ver con claridad la carta de Bill, palabra por palabra. Tomé el lápiz y la escribí laboriosamente... Creo que no vacilé ni un momento.

Ya estaba entrando en la Bahía Ridge para el momento en que la terminaba, y me eché atrás para observar lo que había escrito. El coronel la había mirado una vez... no, dos veces. Recordaba vívidamente la forma en que sus ojos habían inspeccionado toda la página rápidamente y luego los había dirigido al comienzo y leyó... *No más, me di cuenta súbitamente, no más de tres líneas.* Porque veía claramente en mi memoria la forma en que

sus ojos habían recorrido el mensaje: primero hacia la derecha, al leer la primera línea, luego a la izquierda, volviendo hacia la derecha al leer la segunda línea, nuevamente a la izquierda, y a la derecha una vez más... *y ahí se habían detenido...*

No más de tres líneas, pero ¿cuáles? ¿Las primeras tres líneas tachadas del mensaje de Bill para Ona? ¿O las primeras tres líneas de su saludo para mí? Leí ambas nuevamente:

Con esta nota te recomiendo, Ona. Escribo sin poder inspirarme antes sobre nuestro amor, sólo intento saber...

Esas eran las tres primeras líneas del mensaje tachado. Si había allí algún significado oculto, no pude descifrarlo... Sin embargo, las tres líneas que seguían a: «Querido Nile» me parecieron aún menos enigmáticas:

Lo siento mucho, pero tendrás que decirle adiós a Ona de mi parte. Dios sabe que no me gusta hacer esto...

Me lamenté furiosamente y el coche se detuvo en ese momento. Habíamos llegado. Como ya lo dije antes: no había gozado del paseo.

\* \* \*

El portero me era desconocido. Me dijo, después de haber llamado a Tennant, que este me esperaba. Su departamento estaba en el quinto piso, en el extremo del corredor.

Eran exactamente las diez y media cuando oprimí el timbre de la puerta de Tennant.

—Hola Boyd —me saludó—. Entre. ¿Quiere café? He dormido un poco de más.

—Cómo no, muchas gracias —respondí mientras cerraba la puerta a mis espaldas.

Era un departamento pequeño de una habitación, con una vista magnífica.

Desde la ventana se podía ver el punto más angosto entre los Narrows, el estrecho entre la bahía Upper y Lower. A través de una milla de agitadas aguas se observaban claramente los muelles donde estaban almacenados muchos millones de dólares de provisiones destinadas a los convoyes.

—Tiene usted una vista magnífica —dije—. ¿Cómo le fue con la policía?

Me sirvió una taza de café y proseguí:

—Gracias. Se me hizo muy tarde anoche, por eso no pude venir antes. ¿Ha sucedido algo interesante?

—No —me dijo mientras sorbía su café—. Por lo menos, si así fue, no me lo dijeron.

—¿Qué sucedió?

—Nos interrogaron a Ona y a mí por separado. Fueron muy atentos. Tomaron muchísimas fotografías. Se portaron muy bien, aunque muy poco les pude responder a sus preguntas. Por supuesto le dije que, teóricamente, yo mismo podría haber sido el asesino. ¡Ja, ja!

Su risa rechinó en mis oídos; imaginé que lo hacía para acentuar lo absurdo de tal idea. Le pregunté con voz calmada:

—¿Y lo es usted?

Me observó cuidadosamente. De súbito sonrió:

—No soy el asesino, y ciertamente que me gustaría ponerle las manos encima.

—¿A qué hora lo dejaron libre?

—Alrededor de las tres y media —me replicó—. Me vine aquí, fumé otra pipa y me acosté a dormir, aunque no pude. Esa es la razón de que haya dormido de más esta mañana.

—¿Tuvo algún visitante? ¿Alguna llamada telefónica?

Sus fríos ojos grises se fijaron en los míos:

—No —dijo tranquilamente—. Además uso zapatos número 41 y cuello 40, si es que eso le interesa.

—Es curioso —dije reflexivamente—. Me encontré con un individuo que dijo que le había telefoneado esta mañana. Se llama Vic Maione.

Le observaba atentamente cuando pronuncié el nombre. Pero sólo pude ver su expresión intrigada.

—¿Vic qué? —dijo—. Quienquiera que sea, es un mentiroso.

—Me imagino que sí —le repliqué pensativamente—. Le aseguro que tiene una educación horrorosa. Mire, ¿le molestará si le hago a usted una o dos preguntas muy personales? Hay varias cosas que me parecen muy raras con respecto a lo que pasó anoche. Quizá entre los dos podamos aclararlas. Eso será, si es usted enteramente franco conmigo.

(... *Si puede usted probarme que es digno de mi confianza* era lo que yo estaba diciendo en realidad. Él me comprendió).

—Diga no más —me respondió.

—Muy bien. Usted estuvo en España con el equipo de Eddie Turner. Yo conocí a varios de esos muchachos. ¿Recuerda usted a Red Miller? (Si es así, te tengo, pensé, pues Miller sólo existía en mi mente).

Tennant frunció el ceño:

—¿Miller? No. Nunca le oí nombrar.

—¿Stub Jopling?

Tennant sonrió, diciendo:

—¡Ya lo creo que sí! Éramos muy amigos. Él, yo y Sam Hunt andábamos siempre juntos.

Pensé que Tennant era digno de confianza, por lo menos por el momento.

Aclaré la garganta y dije:

—Está muy rico el café. —Luego le confié—: Todavía no le he dicho lo peor del caso. Han raptado a Joan Adams.

—¿Cómo dice? —dijo Tennant sorprendido.

—La raptaron. Yo...

Sonó el timbre de la puerta y Tennant, disculpándose, se dirigió a abrirla. Entró Ona y Tennant dijo:

—Hay un amigo suyo tomando el desayuno.

—¡Hola, Ona! —la saludé.

El rostro de la joven demostraba la pena que sentía y sus ojos parecían querer contener las lágrimas.

Sonó la campanilla del teléfono y Tennant levantó la vista sorprendido:

—¿Quién diablos...? —dijo entre dientes, y levantó el receptor—: Hola... Sí señor... Sí, aquí está...

Se volvió a mí:

—Es para usted Boyd. Le llaman de su periódico.

—Habla Steel del *Telegraph*, comandante —dijo una voz familiar—. ¿Qué tal?

Podría habérmelo imaginado:

—Pues... Muy bien, Davidson, ¿y usted? —respondí—. ¿Qué se le ofrece?

—Hay gente cerca, ¿eh?

—Es verdad.

—Diez minutos después que usted se fue, recibimos otra llamada —dijo—. Yo la tomé. Era el mismo individuo que había preguntado por usted; le di el teléfono al coronel, quien imitó muy bien su voz.

—¡Qué bien! —dije, admirado—. ¿Y?

—Entonces el tipo dijo que vendrían a buscarlo y el coronel les preguntó dónde le querían ver. Arreglaron para encontrarse en la calle 56, a las once.

—¡Dios mío! —dije—. Eso es imposible, Davidson. No podré llegar a tiempo.

—No pierda la calma. Tenemos toda la calle vigilada y además hay otro de esos camiones a la expectativa. ¿Por qué no me llama usted a las once y media a uno de nuestros otros números? Son ahora las once y cinco. O quizá podrá llamar al número viejo. El coronel no lo va a cambiar todavía, pues quiere que esos bandoleros puedan seguir llamando.

—Buena idea, Davidson. Así lo haré.

—Otra cosa, los policías encontraron al chofer del taxi que tomó su novia. Declaró que la había llevado a la calle 48 y Prospect, y dice que allí le pagó y descendió del vehículo. Dice que la vio echar una carta al buzón que está debajo del farol. Quizá sea una nota para usted. Mandamos a un policía a su casa de usted, pero no nos abrieron la puerta.

—Es claro, mi mucamo tiene orden de no atender a la puerta cuando no estoy yo. Lo llamaré en cuanto pueda, Davidson, y le avisaré a usted.

—Muy bien, comandante. No se olvide la cita que tiene para mediodía.

—No lo olvidaré. —Traté de hablar con tono alegre. Colgué el tubo y dije con tono casual—: Era mi editor. Parece que hay dificultades en el periódico. Les había dejado dicho que podían comunicarse conmigo aquí.

—Ah —exclamó Tennant, indiferentemente.

—Ona —dije—. Cuando usted vino le estaba diciendo a Tennant que hay algo raro en este caso. Joan ha desaparecido.

—¿Cómo es eso? —me respondió, mirándome con los ojos muy abiertos.

—La han raptado. Estoy apurado y no podré darle los detalles ahora. ¿No podríamos encontrarnos los tres en otro momento, para ver si podemos sacar algo en limpio de este asunto?

—¡Oh, Dios; oh, Dios! —exclamaba la joven, tal como lo había hecho poco antes de encontrar a Bill en su departamento. Deseché el recuerdo y proseguí:

—¿No querría usted darnos las ideas que tenga sobre este asunto?

Me pasé la mano por la cara y noté que tenía mucha barba. Pedí permiso a Tennant para afeitarme. Este abrió la puerta del baño y me dijo que hiciera lo que quisiera. Dejé la puerta abierta para poder escuchar la conversación.

Por sobre el ruido que producía el agua al correr, oí la voz de Ona:

—Nile, ¿querrá usted decirme una cosa?

—Por supuesto —respondí. Cerré la canilla y comencé a enjabonarme.

—Cuando estábamos en la cocina y yo salí para avisarles a usted y a Bill que la cena estaba lista oí que él decía una palabra: «fotografía». ¿Qué estaba diciéndole él en ese momento?

Salí del cuarto de baño:

—Me estaba diciendo que estaba muy preocupado por no haber podido averiguar nada respecto a su cámara de usted, pues sabía que a usted le gusta mucho la fotografía.

Sus ojos me estudiaron con atención. ¿Se daría cuenta de que le estaba mintiendo?

Volví al baño y dije por sobre el hombro:

—Una cosa que me tiene intrigado es el hecho de que él haya vuelto al departamento sin que le vieran.

—Ya sabe usted cómo era Bill con respecto al dinero —me respondió Ona—. Para eludir a los cobradores había decidido no entrar por la puerta principal...

Había yo terminado ya de afeitarme y salí del baño enjugándome la cara.

—... y consiguió la llave de una puerta trasera que da a la Avenida. Así era como podía entrar sin que lo vieran.

—Es claro —dije yo—, eso es lo que debe haber hecho. (Se me ocurrió que también de esa forma podía haber escapado el criminal. Y, ¿había encontrado la policía la llave de que hablaba Ona?).

Como si estuviera leyendo mi pensamiento, la joven dijo:

—Pero no creo que Bill haya sido asesinado, Nile... porque yo sé cómo murió.

Ahora había en sus ojos una expresión de profunda pena y prosiguió lentamente, pero con convicción:

—Sé que se suicidó.

Me senté en el brazo del sillón, muy cerca de ella:

—Vamos, ¿por qué dice usted eso, querida? ¿Se lo dijo a la policía?

Afirmó vigorosamente y prosiguió diciendo:

—Así lo dijo él muy a menudo. Parece que se sentía muy abatido y siempre amenazaba con matarse. Una noche saqué la pistola de su cajón y la descargué, pues temía que la usara contra sí mismo.

Miré el reloj y me di cuenta de que eran las once y veintidós. Me puse en pie rápidamente.

—Quizá tenga usted razón, o quizá esté equivocada, Ona —comenté—. Tengo que irme al diario, pero ¿no podemos encontrarnos los tres un poco más tarde?

Los dos asintieron. Ona replicó:

—El policía principal me dijo que no me alejara del edificio hasta que él me hubiera visto otra vez. ¿Podría usted volver aquí, Nile?

—Seguramente.

—De todas maneras, yo quería ver a la señorita Watkins y a Phillip Merkley, si tenía tiempo.

—¿Qué les parece si nos encontramos aquí entre tres y cuatro de la tarde?  
—sugirió Tennant.

—Entonces, a las tres y media aquí —asentí yo.

\* \* \*

A las once y treinta hablé con Steel, quien me dijo que no había sucedido nada.

—Hasta hace diez minutos no había pasado nada. Los autos que andaban por allí eran de gente honesta. Esos tipos deben ser más astutos de lo que yo creía.

—¿Qué le parece que hagamos ahora? —pregunté.

—Mire, comandante; cuando llegue a Sand Street me llama por teléfono y me da el número de allá. De esa forma podré comunicarme con usted enseguida, si le necesito.

—Así lo haré —le prometí—. ¿Llamó usted a mi casa?

—No —me confesé.

—Muy bien —le repliqué—. Llamaré yo y luego le telefonaré desde Sand Street.

—Muy bien. Hasta luego.

Busqué otra moneda y disqué el número de mi casa. Nadie me respondió...

«En cuanto hable con Jake tendré que ir yo mismo allá», pensé. Pero primero tendría que probar otra vez.

Un momento más tarde oí la voz de Davidson en el teléfono. Esta vez se trataba del verdadero Davidson, en mi oficina.

—Dave —dije—. Habla Nile Boyd. Por razones que te explicaré más tarde quisiera hacerte algunas preguntas.

—¿De qué asunto se trata? —me respondió Davidson.

—Quisiera saber si hay carta para mí y además me gustaría que me averiguara a qué hora llegó al periódico mi artículo de hoy.

Davidson era uno de los dos del *Telegraph* que conocía toda la historia; me dijo:

—Seguro, seguro; no cortes. —Pude oír débiles gritos a la distancia y esperé. Al cabo de un rato habló nuevamente—: Me he enterado que un amigo tuyo ha sido... herido —dijo con gravedad.

—Sí. Por supuesto, no debe saberse.

—Quédate tranquilo —me respondió—. Están averiguando si hay cartas. El artículo de hoy lo entregó tu mensajero a las diez y cuarenta y cinco. Jimmy dice que era una señorita muy hermosa. ¿Quieres algo más?

—Sí. Déjame hablar con Jimmy.

Oí la voz aflautada del cadete de la oficina:

—Hola, señor Boyd. ¿Cuándo vendrá a vernos?

—Quizá mañana. Jim. Escucha, ¿dices que una señora entregó anoche mi artículo?

—Es verdad, señor Boyd.

—Bien, debe ser amiga de un amigo mío, pues no se lo di a ninguna señora. ¿Qué aspecto tenía?

—Era rubia y muy buena moza —respondió Jimmy.

Me pregunté por qué habría dado Bill mi artículo a Hellen Watkins y proseguí:

—Me parece que sé quién era. Dime Jim, ¿están buscando para ver si hay alguna carta para mí?

—Hay veintidós cartas, señor Boyd.

—Fíjate si hay una con el matasellos de Brooklyn. Quizá tenga el sobre el membrete del hotel Seaview.

—Espere un momentito... No, señor Boyd, no hay ninguna.

Le agradecí y colgué el auricular. Se me ocurrió que debía llamar a la madre de Joan. Así lo hice.

—Hola, Mary —saludé a la doncella de la señora Adams—, habla el señor Boyd. ¿Podría hablar con la señora Adams?

—¡Oh, señor Boyd! —me respondieron, apresuradamente—. Está muy descompuesta esta mañana.

—¿Quién habla? Yo contestaré, Mary —dijo una profunda voz masculina, y agregó inmediatamente y con más claridad al acercarse al teléfono—: Esta es la casa de la señora Adams. ¿Quién habla?

—Habla el señor Boyd —dije—. ¿Tendría la amabilidad de llamar a la señora Ad...?

—Ya lo he oído —me respondió la voz profunda—. Habla el abogado de la señora Adams, Jorge Barret.

Respondí tranquilamente:

—Escúcheme, Barret, estoy muy preocupado.

—La madre —dijo Barret, interrumpiéndome nuevamente— está histérica. De acuerdo a lo que sé, Joan iba a cenar con usted anoche y no

volvió a su casa. ¿Quiere hacer el favor de decirme exactamente qué sucedió?

Su tono me irritó todavía más que sus mismas palabras.

—Vea usted —le dije—, ¿quiere dejar de hablar como un gobernador? No sé dónde está Joan. Creo que ha sido raptada. Y para su información le diré que la Policía Federal está removiendo cielo y tierra para encontrarla.

Al no recibir respuesta proseguí relatando la historia.

Por dos razones me desagradaba Jorge Barret. Una de ellas era que representaba a la facción de aislacionistas que estaban tan opuestos a mis propias ideas sobre la guerra. La otra razón era más personal: se me había ocurrido que estaba demasiado interesado en Joan. Por lo tanto, prometiéndole que llamaría más tarde, colgué el auricular antes de que pudiera él decir una palabra. Salí de la cabina telefónica y tomé un taxi para dirigirme a Sand Street.

Entré por las puertas giratorias del número 48 B a las doce y cuatro minutos. Lo que vi en el interior no se parecía en absoluto a lo que me había imaginado.

Era un salón de techo bajo y de dimensiones propias de una sala de baile; un bar de unos cinco metros de largo; y una pequeña selva de mesas y sillas de madera agrupadas alrededor del espacio destinado a la danza.

El tamaño y los adornos del salón fueron los que más me sorprendieron al principio; había esperado encontrarme en un sótano sucio. Pero aun más sorprendente era su limpieza. El encargado lucía una chaqueta blanca y una cara sonrosada y limpia. Se me ocurrió que esto era muy extraño. Los griegos son gente admirable, pero esta limpieza era muy propia del carácter teutónico. Me pregunté si el complicado nombre griego, que adornaba las vidrieras, no sería una máscara. El propietario me dijo afablemente:

—Buen día, señor. ¿En qué lo puedo servir?

—Deme un *whisky* con limón.

Cuando lo hubo servido, me llevé mi vaso a una mesa que estaba contra la pared y me senté dando cara a la puerta.

Era yo el único cliente. Tomé un sorbo de mi almuerzo líquido y traté de ordenar mis ideas. En ese momento entró un pequeño vendiendo diarios. Le llamé y le pedí el *Telegraph*. Abrí el diario con manos temblorosas.

Allí estaba el último mensaje de Bill para el mundo, entregado por Hellen Watkins a las diez y cuarenta y cinco de la noche del viernes, y posiblemente confiado a ella cuando Bill les había acompañado a ella y a Merkley después del disparo que destrozó la ventana.

*Una carta de un amigo ausente, por Nile Boyd, decían las letras negras que adornaban la cabecera del diario.*

Tomé otro sorbo de mi almuerzo y comencé a leer.

El primer párrafo era breve:

*De una manera curiosamente inesperada, acabo de recibir una carta procedente de un antiguo amigo del colegio, la que quiero publicar aquí hoy. Fue muerto ayer en acción.*

¿De qué se tratará?, me pregunté. La carta comenzaba:

*Querido Nile:*

*No recibirás esta carta hasta después que yo haya desaparecido, pues así he dispuesto las cosas. Y si te parece esta una manera de decir adiós algo melodramática, será eso sencillamente una prueba de que estoy en armonía con los tiempos presentes. En esta primavera de 1942, el planeta entero es un fantástico fragmento de melodrama, del peor gusto imaginable.*

Llegué hasta aquí y mis ojos se dirigieron a la firma. Un frío intenso pareció hacer presa de mi alma, pues la carta estaba firmada *Bill*.

¿Sería posible que al fin y al cabo se hubiera suicidado?

Pero, en ese caso, la frase «Muerto en acción» no tendría ningún sentido. Continué leyendo:

*Como tantos otros de mis compañeros pertenecientes a lo que la señorita Stein llamó «la generación perdida», he estado muy desconforme con mi vida. La ociosidad, el egoísmo, la falta de horizontes, el sensualismo que no satisface, y las tendencias esquizofrénicas.*

*Por lo tanto, no me voy (palabra de honor, amigo Nile) con pena. Citando las palabras de Sidney Carton, «es mucho mucho mejor esto que todo lo que he hecho en mi vida...». Pero quiero decirte esto:*

*Creo que desde la posición en que estoy he logrado una especial claridad de visión... aunque esta dure sólo un momento. Porque estoy ya en pie al borde mismo del mundo, el límite máximo de la vida, y de ese modo el panorama que está a mis espaldas adquiere un aspecto nuevo y diferente. Todos nosotros, todos, todos, somos hermanos; la negación, el brutal repudio de esta verdad, será la causa de que el*

*pintor loco y sus huestes rueden por el polvo. Pues han negado ellos la premisa esencial de la aventura humana; las suyas son razones más bajas y más repelentes que las razones del lobo; más frías y más ciegas que las razones que puedan tener las serpientes.*

*Por lo tanto me alegro de irme... Si mi desaparición puede ayudar, aunque sea indirectamente, aunque sea en muy mínima parte, en apresurar el nuevo día que está amaneciendo.*

*Cuídate muchacho. Fue siempre para mí un placer el conocerte.*

*BILL.*

Eso era todo.

Permanecí con la vista fija en la firma y una incredulidad extraña batalló con la convicción que se estaba apoderando de mi corazón...

## CAPÍTULO IV

Dos marineros entraron y pidieron cerveza.

Un borracho consuetudinario pidió un *whisky* doble.

Tres hombres de negocios, de edad madura, se sentaron en el rincón de la vidriera que estaba frente a mí y comenzaron a almorzar.

Alrededor de las doce y media, el enorme salón estaba atestado de gente, mientras resonaban las voces de los parroquianos, y la victrola marchaba a todo andar. Ya estaba tomando mi segundo vaso, y aún no veía señales de Jake.

Súbitamente, uno de los tres hombres de negocios retiró su silla y se dirigió hacia mí.

—¡Joe! —dijo, sonriéndome afectuosamente y ofreciéndome la mano.

Tomándola mecánicamente, le respondí:

—Me temo que está usted...

Entonces me di cuenta.

Aunque sus prendas fueran las de un burgués, sus ojos eran los de Jake. Se cruzaron nuestras miradas y le conocí de inmediato.

—¡Caramba, has engordado, viejo pícaro! —dije, sonriéndole—. Casi no te conocí...

Nos sentamos y di una orden al camarero, que había estado rondando cerca. El zumbido de las conversaciones ocultaba el murmullo de la voz de Jake, que sólo yo podía oír. Me dijo:

—Conozco todas las noticias hasta hace diez minutos. Hablé con Johnny y con el coronel por teléfono. De modo que no necesita usted molestarse en...

—¿Hubo novedades en la calle 56?

Él sacudió la cabeza:

—No, pero... —Me dirigió una mirada curiosa—. Tengo para usted un mensaje que le tranquilizará. Comenzando desde ahora, usted está bajo mis órdenes.

Me costaba creerle y respondí:

—¿Quiere usted decir que nuevamente pertenezco a la organización?

—Así es, discutiremos los detalles más tarde. John me dijo que le había contado a usted...

—¿De que se preparaba algo especial? Sí, eso es todo lo que me dijo.

—Mejor será que hablemos, pero no aquí. Arregle la cuenta y salgamos.

Dejé un dólar sobre la mesa, me calé mi agujereado sombrero y nos dirigimos hacia la puerta. Los dos hombres que habían entrado con Jake levantaron la vista al acercarnos nosotros, pero el rostro de mi compañero no se alteró. Al salir, Jake dijo descuidadamente, para beneficio de quien pudiera oírle:

—Sí. Me va muy bien en el negocio del seguro, Joe; ven un momento y verás mi oficina.

Me escoltó cruzando la calle y abrió una sucia puerta vidriera en la que se leía: HENRY MARSHALL. — SEGUROS. Entramos en un salón grande en el que había un escritorio, tres sillas, una máquina de escribir, un archivo, y otra puerta que daba a la parte trasera. Además había una ventana al lado de la puerta de entrada.

—Esta es mi oficina —dijo Jake, guardando la llave—. Aunque no haga muchos negocios, me es muy útil para cambiarme.

—Ya lo creo —respondí—. ¿Qué hay en la parte trasera?

—Un dormitorio, un ropero y una entrada trasera. Siéntese. El bar de la otra acera pertenece a un alemán. El nombre griego es una máscara. El dueño es un alto empleado de la municipalidad..., ¿qué le parece?... y es propietario también de las dos casas colindantes. Todo este barrio está lleno de espías alemanes... Pero usted sabrá eso ya, por supuesto.

Asentí. Él se sentó en el escritorio y prosiguió:

—Tómese fuerte de la silla, muchacho. A mi juicio debe usted saber esto también: *¡La invasión ya está en camino!*

Calló, dándome oportunidad de que asimilara esta noticia. Pero no me resultó muy sorprendente. Como recordarán ustedes, corrían rumores a destajo en aquellos días de abril. Con entera calma le dije:

—¿Y esta vez es verdad?

Asintió, mientras me observaba atentamente.

—¿Cuándo? —le pregunté.

—Eso es lo que debemos averiguar. Podría suceder en cualquier momento. No conocemos el programa todavía, pero esta vez los rumores tienen mucho fundamento.

En ese momento sonó el timbre del teléfono.

—Hola —dijo Jake—. ¿Qué? —volvió a repetir—. ¿Qué?

Durante un corto tiempo, una voz distante sonó en el auricular, mientras esperaba yo impaciente para saber de qué se trataba.

—Muy bien —dijo Jake al fin—. Sí, sí, así lo haré. De eso estábamos hablando. ¿Quiere usted hablar con él? ¿No? Muy bien. Adiós.

Colgó el auricular, se volvió a mí con rostro inexpresivo, y dijo:

—Era Steel. Ha sucedido algo terrible. Han atacado al coronel cuando se dirigía hacia el hotel. Está muy grave y Steel dice que... ¿*Qué mira usted?*

Un hombre pequeño y moreno, vestido con ropas desaliñadas, se había detenido en el exterior y echado atrás el brazo en el ademán de arrojar una piedra. Pero, aunque lo que tenía en la mano era de forma esférica, no me pareció que fuera una piedra...

—*¡Cuidado!* —grité, y me arrojé de cabeza a través de la puerta del dormitorio, en el momento mismo en que un ruido violento de cristales rotos pareció ahogar mi voz. Y luego el sonido de los cristales fue a su vez apagado por una explosión que pareció aferrarme en medio del aire y arrojarme como si fuera una hoja impelida por el huracán, a una obscuridad absoluta... Luego me envolvió el silencio.

\* \* \*

«La bomba —decía la edición especial del *Brooklyn Eagle*, que apareció cuarenta minutos más tarde— demolió completamente la casa de Sand Street N.º 53, por cuya ventana fue arrojada. La fuerza de la explosión, que se sintió en muchas manzanas a la redonda, también hirió de gravedad a un transeúnte que, de acuerdo a lo que alegan algunas personas, fue el que arrojó la bomba. Ese hombre, que no se ha identificado todavía, está internado en el Hospital Municipal de Brooklyn. Ha perdido ambas piernas. Por los restos que se han encontrado entre las ruinas del edificio, se teme que el locatario, señor Henry Marshall, haya perdido la vida...».

Las explosiones en los espacios reducidos son cosas raras. Nunca puede uno estar seguro de qué dirección tomará la fuerza principal de la bomba, o dónde hará más daño. Esta me golpeó mientras me estaba alejando de ella, y se puede decir que todo lo que me hizo fue apurar mi retirada. Me arrojó por entre las ruinas de lo que había sido la pared y caí, aparentemente de cabeza, en el patio trasero. Permanecí inmóvil mientras llovían los escombros a mi alrededor, y cuando abrí los ojos me di cuenta instantánea de lo que había sucedido. Comencé a librarme de los escombros que me aplastaban y me detuve de súbito. No valía la pena apurarse para tratar de salvar a Jake. Parte

de su persona, cubierta de sangre, yacía entre el sitio en que yo estaba y los restos de la pared.

Terminé de librarme de los escombros que me cubrían y salí al exterior. Vi que pasaba un taxi y lo tomé.

—Cruce el río —le dije al conductor— y lléveme a Park Avenue y calle 36, ya le diré dónde se debe detener. Tengo mucha prisa por llegar.

Salimos disparados como la clásica flecha y me recosté en el asiento. La dirección que había dado al conductor me llevaría muy cerca de mi casa y prácticamente a la vuelta de la casa de Joan, donde, posiblemente, estaba aún el señor Jorge Barrett. Había una probabilidad, aunque muy remota, de que la carta de Joan estuviera en este momento esperándome en mi mesa, y teniendo en cuenta que mi mucamo no contestaba al teléfono, sería una buena idea ir a casa para averiguar lo que pasaba. De cualquier forma me serviría eso para cambiarme de ropa. Pero, antes que nada, ¿dónde había un teléfono?

Observando por la ventanilla trasera del taxi, me convencí de que no me seguían.

—Cuando llegue a la primera cabina telefónica, deténgase —le dije al conductor.

Este asintió, y dos o tres cuadras más adelante se acercó al cordón. Descendí del vehículo y le dije:

—Ya vuelvo. —Al levantar el auricular me fijé que era la una y media de la tarde. Pero me pareció que ese sábado había estado durando varios años.

Me respondió la voz de Steel y le dije:

—Habla Boyd, Johnny. ¿Oyó el estampido?

—¿Qué estampido?

—Un individuo acaba de arrojar una bomba por la ventana de la oficina de Jake. Voló todo el edificio...

—¿Dónde está usted? ¿Y Jake?

—Está muerto. Yo estoy bien; pude esquivar a tiempo.

Oí que exhalaba un profundo suspiro parecido al resoplido de un toro.

—Prosiga —me dijo.

—Jake acababa de contarme lo que le sucedió al coronel, cuando estalló la bomba. Probablemente se creen que yo también reventé... si es que alguien sabía que estaba yo allí. ¿Qué le pasó al coronel? Y, John, ¿dijo él cómo había interpretado ese mensaje?

—No sé, comandante. Estuvo hablando por teléfono con Washington antes de salir para la calle cincuenta y seis; he sabido que salió de allá para

volver aquí, y un auto se salió de la calle y le aplastó contra la pared. Fue una trampa, estoy seguro. Ya le dije que esos tipos son más astutos que...

Dedos de acero parecieron apretar mi corazón:

—Si no se lo dijo a nadie, Johnny, estamos otra vez como antes.

—Mejor será que se venga usted para acá —me respondió Steel—. ¿Está seguro que está entero?

—Oh, sí. ¿Llamó usted a mi casa?

—Sí, traté de comunicarme dos veces. No hay respuesta. Estaba por enviar un escuadrón para allá. Están pasando cosas muy rápidamente en estos momentos.

—Ya lo sé. Jake me lo dijo, poco antes de que explotara la bomba. Ya estoy en camino para allá, pero me detendré en casa y quizá también vaya a lo de la señora Adams. No tardaré mucho. ¿Está bien?

—Creo que sí. ¿Qué más sabe respecto de la bomba?

—Nada. Todo lo que vi fue un hombrecillo moreno vestido como un obrero.

—¡Qué raro! —dijo Steel reflexivamente.

—¿Qué es lo que le parece raro?

—No creo que el atentado fuera contra Jake —dijo John Steel—. Creo que era contra usted...

\* \* \*

A las dos menos diez pagué al taxi y descendí en Park Avenue y 36, y caminé unas cuadras en dirección a mi casa. Introduje la llave en la cerradura, entré y cerré la puerta silenciosamente.

Sobre la mesa del *hall* había varias cartas. Me acerqué apresuradamente, las miré ansioso y no encontré lo que buscaba. Las dejé caer sobre la mesa nuevamente y levanté la voz:

—¡Epictetus! ¡Epictetus!

Sólo el eco me respondió.

La ausencia de mi mucamo me dio que pensar. No era de la clase que abandona su deber sin aviso. ¿Lo habrían raptado a él también? Más misterio. Más razones para reflexionar detenidamente.

Ascendí la escalera con lentitud y comencé a quitarme la ropa mecánicamente. Mis pensamientos volaron a Bill Kerr y todo lo que había sucedido en Cross Court esa madrugada. ¿Hasta dónde podía confiar en Hank

Tennant? Sus movimientos parecían demasiado regulados. Demasiado cuidadosos.

Ona lanzó un grito en la taberna alrededor de las 12:30. Bill yacía muerto cuando le vimos alrededor de las 12:50. Nos encontramos con Tennant en el *hall*, cerca del departamento de Kerr, a las 12:45, aproximadamente. Por lo menos le habrá llevado a Bill cinco minutos para escribir a máquina esa nota, y ciertamente que tardó seis o siete minutos para caminar (o aun correr) desde lo de Papá Joe hasta Cross Court. Suponiendo que saliera de la taberna un momentito antes de las 12:30, no pudo haber terminado de escribir la carta hasta las 12:42. No había olor a pólvora en la habitación cuando yo entré, y habíamos encontrado a Tennant a las 12:45 y él dijo que ya había golpeado en la puerta y había estado paseando por el *hall*. Y bien, era obvio que las horas se sobreponían; ya sea que Tennant mató a Bill y salió del departamento justamente antes de que saliéramos nosotros del ascensor, o *tenía que haber oído el disparo*. ¿Es así, Boyd? Así es, a mi juicio; no veo otra forma...

Abrí la llave de la ducha.

«Pero Bill (proseguí mis reflexiones dos minutos más tarde, mientras me secaba, sintiéndome mucho mejor), Bill, a pesar de su indolencia, era un joven atlético y fuerte. ¿Por qué iba a sentarse a la máquina para escribir una carta suicida, *sabiendo* que lo estaba por matar alguien que estaba cerca? ¿Por qué no había ofrecido batalla?». Sólo se me ocurría una razón por la que Bill podría haber hecho eso: *accediendo a las demandas del asesino para que escribiera una nota «suicida»*; (una demanda respaldada por el arma asesina, sin duda alguna) *Bill tendría así una oportunidad de decirme algo de tal vital importancia, algo tan transcendental para nuestra patria, que, pesando su propia vida en la balanza, juzgó que debía perderla para poder comunicármelo*.

Y esta conclusión mía estaba respaldada por la carta que publicó en el diario. De otro modo no tenía ninguna significación su «muerto en acción». Pensé que Bill había muerto por su patria tan bravamente como cualquier soldado que se lanzara al ataque en la primera línea de batalla.

Esa era la conclusión que las circunstancias me obligaban a aceptar. Sin embargo, si esto fuera cierto, *Bill debió haber visto que la muerte se lo estaba por llevar*. Porque seguramente debió haber escrito el artículo antes de que Joan y yo fuéramos a cenar con él.

Mientras me hacía el nudo de la corbata, observé el contenido de mis bolsillos, el que había colocado sobre la cómoda. Estaba mi cartera, tres o cuatro cartas viejas, la pequeña automática que Steel me había prestado y el

sobre en el que había escrito yo de memoria la carta de Bill. Era un sobre largo y angosto y yo había colocado las palabras una debajo de otra en dos largas columnas, no por ninguna razón especial sino porque viajando en el taxi había tratado, vagamente, de analizar la nota palabra por palabra.

De este modo, lo que vi en ese momento fue lo siguiente:

Con  
esta  
nota  
te  
recomiendo,  
Ona.  
Escribo  
sin  
poder  
inspirarme  
antes  
sobre  
nuestro  
amor,  
sólo  
intento  
saber

Este era el fragmento tachado con las X.

Eso es lo que vi, exactamente como lo he reproducido para ustedes, y súbitamente se me pusieron los pelos de punta al recorrerme el cuerpo un frío glacial que parecía provenir desde el espacio infinito que se extiende más allá de la tumba.

¿Ven ustedes lo que vi yo entonces? ¿Lo que el coronel había visto instantáneamente? Se trataba del código más simple y más antiguo de todos; tan simple que no se me había ocurrido, en mi desesperación por encontrarle un método más sutil. Y las X con que se habían tachado las primeras líneas estaban de acuerdo con la norma principal del espionaje: el énfasis en reverso. El mismo hecho de que estuvieran tachadas significaba que en esas líneas estaba oculto el verdadero mensaje.

Una palabra tras otra. Se trataba de un acróstico, y mis ojos recorrieron la primera línea vertical de letras, deletrearon el mensaje..., el mensaje que Bill

había pagado con su vida.

*Centro espías nasis.*

Proseguí leyendo la columna de palabras:

Esto  
¿No  
Es  
Sólo  
tu  
encanto  
el  
dueño  
infinito,  
floreciente  
y  
cariñoso?  
Inspírame  
o...

*E-n-e-s-t-e-e-d-i-f-y-c-i-o.*

Recuerdo que en ese momento me senté en la cama, pues me sentí aturdido.

*Centro espías nazis en este edificio.*

¿Cross Court? Parecía imposible. Sin embargo, ¿por qué no? Era lógico que no se usaran sótanos ni rincones para tener el cuartel general de los espías. Era lógico que el cuartel general fuera un edificio tan sólido y permanente como la Embajada Alemana; una fortaleza moderna, uno de los edificios más conspicuos de Brooklyn.

¿Entonces por qué no me lo había dicho Bill?

Porque acababa de averiguarlo... y comenzó a decírmelo cuando Ona nos interrumpió.

Quizá antes, cuando escribió el artículo, había tenido ciertas vagas sospechas; sospechas que posiblemente incluían a Ona, y de ese modo no había deseado decir nada hasta estar seguro. Sí, eso tenía sentido; por lo tanto,

escribió el artículo porque estaba *casi* seguro y, si todo salía bien y se confirmaba que estaba equivocado, podía encontrar cualquier excusa para comentarla más adelante.

Me puse en pie y observé por la ventana. Apoyado contra un árbol había un hombre que no había estado allí cuando entré; de eso estaba seguro. No me gustó el asunto.

Se me ocurrió que, de todos modos, espía o no, guardián o no, era él infinitamente menos importante que el descubrimiento que acababa de hacer. La primera cosa que debía realizar era comunicar mi descubrimiento a Steel.

Al dirigirme hacia el teléfono, me detuve súbitamente, pues vi que el cable estaba cortado de su conexión y se extendía como una culebra sobre la alfombra.

Durante un momento lo miré extrañado. Ahora, en el mismo momento en que había descubierto el secreto que costara la vida a Bill, el secreto que me podría llevar adonde estaba Joan, me encontraba aislado y prisionero.

\* \* \*

Avanzaba la tarde y la brisa vespertina agitaba las ramas del árbol donde mi guardián se apoyaba. Estaba este inmóvil, con las manos hundidas en los bolsillos del sobretodo, y con la mirada perdida en la distancia.

Su presencia sólo significaba una cosa —reflexioné—: que había sido seguido paso a paso en mi camino. No; podría significar meramente que alguien había estado vigilando mi casa desde algún punto ventajoso y, al verme entrar, había ordenado al guardián que me cerrara el paso.

¿Podría estar ese punto ventajoso en el interior de mi casa misma? ¿Podría haber estado el oculto observador dentro de mi casa, y haber avisado mi llegada con el mismo teléfono que más tarde desconectó? Eso demostraría mucha astucia, pero todo el asunto, comenzando desde el incidente del tiro que destrozó la ventana de Bill y continuando con la muerte de Bill, hasta la bomba que costó la vida a Jake, parecía haber sido manejado con la elaborada precisión de un regimiento en maniobras. El observador, quizá desde esta misma ventana, me vio acercarme, hizo la llamada telefónica, cortó el cable... y se fue.

¿Pero se habría ido? ¿Estaría aún en el interior de la casa, esperándome?

Comencé a registrar cautelosamente todas las habitaciones. Al llegar al cuarto ropero, me cambié de ropa en pocos segundos y guardé en mis bolsillos lo que había colocado sobre la cómoda. Reflexioné sobre el curso de

acción que debía seguir y al cabo de mucho pensarlo decidí tratar de escapar por el techo, donde no correría el peligro de que me apresaran. Me pareció esta la mejor idea y resolví llevarla a la práctica inmediatamente.

El techo de mi casa y el de todas las casas de esa manzana es plano. Todos los techos están a un mismo nivel, separados por parapetos de poca altura en el sitio en que cada casa limita con la vecina. Para subir se utiliza una de esas escaleras de resorte que descienden al tirar de un cordón. La escalera está en el tercer piso, en el atestado depósito.

Treinta segundos después, de haberme decidido, estaba yo tironeando del cordón de la escalera, la que descendió lentamente y sin producir el más mínimo ruido. Comencé a ascender silenciosamente. Si alguien estaba esperando en el techo, no sería advertido de mi llegada de ninguna forma. Apoyé la palma en el vidrio plomado de la claraboya y levanté esta centímetro a centímetro.

En lo que alcanzaba la mirada, la azotea estaba desierta. Respiré hondo y empujé la claraboya en toda su extensión mientras pasaba las piernas por sobre el parapeto y me paraba en la azotea aferrándome a la claraboya como si fuera esta un escudo.

Luego la coloqué en su lugar y me erguí, comenzando a correr.

Corrí rápida y silenciosamente a través del espacio techado, saltando uno tras otro los parapetos que separaban las casas...

Sólo Dios sabe la razón de que al detenerme, me hubiera hecho a un lado. Debió ser atavismo; ciertamente que no lo hice con deliberación; sin embargo eso me salvó la vida. Pues justamente en ese momento una bala zumbó cerca de mi oído, y al esquivar en dirección opuesta, una segunda pasó por el otro lado. Esquivé nuevamente, me dejé caer detrás de un grupo de chimeneas y me volví hacia atrás. La claraboya que había colocado yo en su lugar se había levantado levemente.

A cubierto de ella alguien estaba disparando contra mí con una poderosa arma de aire comprimido, pues no había oído la explosión de los disparos. Alguien que acechaba en mi propia casa había descubierto mi huida y me encontraba atrapado en la extensión plana de la azotea, listo para que mi atacante me atravesara a gusto protegido por mi propia claraboya.

Otra bala se aplastó contra la chimenea cercana a mi hombro, a pocos centímetros de mi cabeza y me dejé caer como si me hubieran herido.

Observé que la claraboya se levantaba lentamente y que por la abertura salía una figura de aspecto felino, pues era larga y delgada y estaba cubierta de pelo.

Era el hombre del abrigo de pieles, el ciego que estuvo acostado a mi lado en la estación Grand Central, el que había entrado en el baño golpeando el piso con su bastón cuando me despedía yo de Jake...

Se dirigió hacia mí rápidamente. Todavía llevaba su bastón, pero ahora no golpeaba con él en el suelo, lo llevaba debajo del brazo en la forma en que los cazadores llevan la escopeta. Y súbitamente me di cuenta de que era un arma; era el arma con la que había estado disparando contra mí; probablemente era el arma con la que había destrozado el cristal de la ventana de Bill.

Ya conocía yo la existencia de fusiles de esa clase. Una poderosa escopeta de aire comprimido oculta en la caña de un pesado bastón; la caña era el cañón de la escopeta, las balas y el mecanismo disparador estaban colocados en el puño del bastón, mientras que el gatillo era un bulto imperceptible parecido al botón del resorte de un paraguas. Son armas muy poderosas y, a corta distancia, extraordinariamente seguras.

La horrible figura estaba salvando el penúltimo parapeto que la separaba de mí. Le podía ver delineado contra el cielo azul, una de sus largas piernas todavía en el aire y sus dedos parecidos a garras aferraban el arma lista para disparar.

En ese momento le pegué un tiro.

La pequeña pistola con la que defendía mi vida no era muy segura, pero a esa distancia ni un niño hubiera errado el tiro. Hubo un seco sonido y un ligero retroceso de la pistola que tenía en la mano, y la delgada figura se inmovilizó por un instante como si se hubiera convertido en piedra. Luego se desplomó al suelo. Yacía con las piernas y los brazos extendidos y parecía un saco de paja.

Me puse en pie, aferré la pistola y me dirigí hacia mi enemigo con toda rapidez, hasta estar a un metro y medio de distancia. No se movía, pero no quise correr ningún riesgo; por lo tanto, le disparé dos tiros más en la cabeza.

Luego recogí el bastón, lo coloqué al lado de mi pistola, y me incliné para llevar a cabo mi horrible tarea.

Cinco minutos más tarde se abrió la puerta de la casa de Boyd. Una figura alta y delgada, cubierta por un abrigo de pieles, de cabeza blanca, anteojos oscuros y bastón en la mano, salió y descendió los escalones. El guardián que estaba bajo el árbol volvió ligeramente la cabeza y luego, aparentemente satisfecho, volvió la espalda. El que había salido marchó calle abajo golpeando el pavimento con su bastón. Se dirigía a Madison.

Esto estoy dispuesto a jurarlo, pues era yo.

Eran exactamente las dos y media.

\* \* \*

A las tres en punto, me detuve sobre una angosta plancha de madera que cruzaba sobre una especie de pozo lleno de agua, y golpeé la inmensa puerta forrada de metal que vibró como un tambor.

El East River, muy cercano a mis pies, se deslizaba tranquilamente y uno de los nuevos botes de motor pasó levantando una estela de espuma. El aire ambiente estaba lleno con los olores propios del puerto y del mar. Levanté mi puño para golpear en la puerta nuevamente y vi que esta se estaba abriendo.

El hombre que abrió me dijo desde adentro:

—Parece usted pertenecer a los bomberos por la forma en que golpea. ¿Qué quiere?

—Busco al señor Muland —dije—. ¿Está aquí?

El hombre retrocedió un paso, diciendo:

—Pase.

Abrió otra puerta que tenía a sus espaldas y recibí una sorpresa. Por supuesto que las fábricas de velas marinas deben ser lugares amplios, ya que las velas son grandes y deben ser cortadas sobre el piso, pero no estaba preparado para la enormidad que se extendía frente a mí. Mi guía elevó la voz y gritó:

—¡Charley! —Y una figura que estaba en el extremo más lejano se irguió, acercándose a nosotros. Me dirigí a su encuentro.

Charley Muland, fabricante de velas. Me pregunté qué función desempeñaba en nuestra organización ese gigante que se acercaba hacia mí y parecía más un árbol que caminaba y no un hombre. Cuando se rio me trajo a la imaginación la bandera americana, pues sus enormes dientes eran asombrosamente blancos y sus ojos vívidamente azules.

—Me llamo Boyd —dije—. Me envía Steel.

Me dio un apretón de manos que me hizo ver las estrellas.

—¿Qué tal está el petiso? —preguntó Muland sonriendo.

—Muy bien. ¿Dónde podemos hablar tranquilos?

—Salgamos a comer un bocado. Es hora de que yo vaya a comer.

—¿Tenemos que ir lejos? Estoy apuradísimo. Lo que necesito ahora es hablar por teléfono.

—Muy bien, entonces venga para la oficina —me respondió, y entramos en un pequeño cuarto en el que había un viejo escritorio de cortina y cuya atmósfera estaba cargada con el olor del cuero viejo y tabaco rancio.

—Bien —dije, arrojando a un rincón el abrigo de pieles que había estado llevando en el brazo, y colocando el bastón sobre mis rodillas al sentarme—, si necesita usted mis credenciales, llame a Johnny. Si no es así, déjeme usar el teléfono.

Un brazo parecido a la rama de un árbol acercó el aparato telefónico hacia mí.

—Adelante no más —me invitó el señor Muland, y se dedicó a encender un cigarro. Yo llamé al número del hotel Biltmore y me contestó la voz de Steel.

—John —dije—, estoy ahora en la oficina de su amigo Muland, y tengo muchísimo que contarle. Sin embargo, dígame primero que puede confiar en mí, ¿me hace el favor? Entregué el teléfono a Muland. Lo que en realidad quería yo era saber si Muland era digno de confianza; si esa persona frente a la cual estaba era realmente Muland.

—Hola, pillo viejo —saludó Muland a Steel alegremente—. ¿Quién es este tipo que me has enviado cuando tengo más trabajo?

Sonreía.

Al recibir la respuesta de Steel desapareció la sonrisa de Muland, quien dijo:

—Sí, sí... seguro... ¡Cómo no!... Muy bien. Espera, aquí está él.

Me devolvió el teléfono.

—¿John? —dije.

—Sí. Puede usted hablar, pero hágalo rápido.

—Muy bien. Llegué a casa, encontré que habían cortado el cable del teléfono y que me estaban vigilando. Traté de huir por el techo y un individuo me siguió y trató de matarme, en cambio lo maté yo. ¿Cómo está el coronel?

—Todavía está inconsciente —respondió Steel con pena—, y no hay noticias de los amigos de usted. Prosiga.

—Lo más importante es que ya sé lo que decía el mensaje.

—¿Qué?

—Seguro. Espere un momento...

Al cabo de un momento me dijo:

—Muy bien, diga comandante.

—Tome la primera letra de cada una de las palabras tachadas, las primeras líneas...

—Ajá... —Su voz sonaba abstraída. Se hizo una pausa y luego le oí exclamar en tono de asombro—: ¡Dios todopoderoso!

—Es lo que digo yo.

Otra pausa breve y luego:

—Será mejor que mande esto a la G. 2. B. inmediatamente.

—Sí. Por eso es que estaba tan apurado para hablar con usted.

—Mandaré el mensaje inmediatamente, comandante. Estoy esperando a Margate, el coronel Margate. Él viene para hacerse cargo de todo; quizá será mejor que tenga aquí el mensaje hasta que llegue él.

—Haga lo que le parezca mejor, Johnny. Ahora el asunto es que no puedo estar aquí molestando a Muland todo el día. Podría volver a su casa o ir a Brooklyn nuevamente, a ver a mi amigo Tennant.

—Si va usted allá ahora que le conocen, será como si se suicidara. Lo que debemos hacer es rodear el edificio, y eso llevará varias horas...

—Esa es la dificultad, Johnny —le respondí—. Llevará algunas horas, y mientras tanto, ¿dónde está mi novia? Me voy ahora para Brooklyn, a menos que usted realmente me necesite, y por el momento usted no me necesita, ¿verdad?

—Bien —admitió de mala gana—. No lo necesito, pero...

Mientras hablaba, me di cuenta de que Charles Muland me miraba con una expresión que no pude entender. Sus ojos iban de mi rostro al bastón y volvían nuevamente a mi rostro. Podría jurar que estaba intrigado.

—A propósito, John —dije—, será mejor que envíe usted a alguien a mi casa para que recojan el cadáver que está en el techo. Además, mi mucamo ha desaparecido. Lo peor del caso es que quizá llegó una carta de Joan allá, pero el que cortó el cable se la debe haber llevado. De todos modos, con su permiso, yo...

—Muy bien, muy bien —dijo—. Aunque le aconsejo que hable con Muland un par de minutos antes de irse. Es un buen hombre. Ha estado en los muelles toda su vida.

—Así lo haré —le respondí—, y en cuanto tenga algo que comunicarle, llamaré de nuevo.

Nos despedimos y colgué el auricular. Me volví hacia Charles Muland, quien me observaba desde detrás de una nube de humo que salía de su cigarro. Le dije:

—Muchas gracias.

—No tiene importancia —me replicó—. ¿Quiere ir ahora a comer conmigo? Me imagino que ya se va de todos modos.

—Muy bien.

Salimos en dirección a un pequeño café que estaba a una cuadra y media de la fábrica. Nos sentamos en un salón reservado y pedimos *whisky*. Le dije:

—¿Usted conocía a Jake?

—Sí.

—Ha muerto.

—¿Ah sí? —No pareció sorprendido.

—Sí, murió esta tarde.

—¿Estaba usted trabajando con él?

—Directamente, no. Estaba ocupado personalmente en averiguar la forma como esos submarinos que atacan a los convoyes parecen saber las fechas de salida.

Se irguió súbitamente e inclinándose hacia mí me dijo:

—¿Se enteró de lo que sucedió esta mañana?

—No.

—A cincuenta millas de Montauk hundieron todo un convoy y dos destructores. Sucedió esta madrugada.

—¡Cristo! —exclamé—. No puede ser un accidente, ¿verdad, Muland? No puede haber suficientes submarinos en la armada alemana como para mantener esa vigilancia. Deben recibir aviso de que los convoyes parten de aquí.

Estuvimos silenciosos un momento.

—No hubieran podido librarse del castigo, tampoco —agregó Muland— si hubieran tardado media hora más. Se iba a enviar desde aquí una escolta grande de aeroplanos que debían encontrarse con el convoy al romper el día. Parece que el ataque fue planeado con reloj en mano.

Cien hombres batallando contra las aguas heladas; otros miles, en el otro lado del mundo, condenados a muerte porque las armas y provisiones adornaban ahora el fondo del océano...

Sentí una ira terrible. Terrible porque me veía con las manos atadas. Pero, en cierto modo, mi mente se volvía hacia Joan. Ella parecía simbolizar toda nuestra causa.

Decidí que era mejor partir...

## CAPÍTULO V

Se me ocurrió que debía ser muy cuidadoso al partir y comuniqué a Charles Muland el problema al que me veía abocado en ese momento.

Le relaté la historia rápidamente, subrayando los hechos principales que eran la desaparición de Joan y el mensaje de Bill. La enorme cara de mi compañero parecía tallada en madera, pues no cambió en lo más mínimo su expresión al escuchar mi relato.

—Así es que —concluí— tienen a mi novia Dios sabe dónde. Pero Steel pareció estar de acuerdo en que sería una buena idea que yo fuera a la guarida de los espías.

Charles Muland pareció salir de su ensimismamiento:

—¿De qué edificio se trata? ¿Es grande? —preguntó.

—Debe usted haberlo oído nombrar —le respondí—. Tengo entendido que es el orgullo de la bahía Ridge. Lo construyeron hace unos tres años. Hay de todo, desde una pileta de natación hasta un restaurant. Está en el Shore Road cerca de los Narrows. El edificio se llama Cross Court.

Su enorme corpachón tembló violentamente. El vaso que tenía en la mano saltó en el aire y la bebida se derramó sobre la mesa. Dijo:

—Caramba, lo siento —y sacando un pañuelo azul comenzó a reparar el daño. Luego murmuró—: Acaba de entrar un individuo que pertenece a la organización. ¿Puedo pedirle que se nos una?

—Seguro.

—¡Ea, Gus! —rugió Muland, y yo me volví lentamente, observando a un hombrecillo bien vestido que se nos acercó. Era uno de los tres hombres que habían estado almorzando con Jake, un par de horas antes.

—Bien, bien —dijo el recién llegado, estrechando la mano de Muland—, ¿cómo anda el negocio de las lonas estos días?

—Siéntese. Le presento a mi abuelo —dijo Muland y Gus se sentó sonriendo alegremente—. Este es Nile Boyd, Gus. Pertenece a la G. 2. B. —agregó Muland.

—Ya lo sé —dijo Gus, mirándome. Estudiaba mis facciones con atención; con seguridad me reconocería en la próxima oportunidad en que me viera.

Yo me incliné hacia él hasta que mis labios estaban casi pegados a su oreja:

—¿Apresaron al individuo que arrojó la bomba?

Exhaló un profundo suspiro y exclamó:

—¡Jesús! ¿Cómo es que está usted vivo todavía? La bomba rompió casi todos los vidrios de la taberna del griego.

—Me arrojó al patio trasero y me pareció mejor seguir la marcha desde allí.

—Apresaron al individuo. Probablemente ya está muerto. La explosión le destrozó las dos piernas.

—¿Tiene usted idea de quién era?

—No.

—Me di cuenta de que Jake había muerto antes de irme. Desde entonces he estado muy ocupado.

—Oigan ustedes —dijo Muland de repente—. ¿Qué dicen si nos tomamos otra copa y salimos? Todos estamos muy ocupados.

—Ustedes continúen —dije—. Yo me iré. Pero, Charles, ¿por qué, antes de que Gus nos viera, por qué...?

Vacilé deliberadamente. No quería hablar de más, aunque quería desesperadamente obtener cualquier consejo que Muland me pudiera dar respecto a Cross Court. Y era seguro que él conocía algo importante respecto al edificio, pues su violenta sorpresa había sido causada por mi mención del mismo.

—Porque no sabía que hablaba usted respecto a esa casa. ¿Qué había en ese mensaje que descifró usted, ese mensaje que le dijo a Steel?

Su tono era casual. No tenía yo ninguna razón para ocultarle nada ni a él ni a Gus. Pero al fin y al cabo, aunque tenía el visto bueno de Steel con respecto a Muland, no había tal seguridad con respecto a Gus. Se me ocurrió mejor no revelar los resultados a que había llegado con el mensaje, y dije:

—Oh, sólo un indicio, o lo que puede resultar un indicio importante. Ya se lo diré cuando tenga un momento disponible.

—Espere. Estaré en la fábrica hasta las seis. ¿Qué le parece si me viene a ver alrededor de las cinco? Entretanto me mantendré en contacto con Johnny. ¿Qué le parece?

—Muy bien, le veré a las cinco —reliqué, poniéndome en pie.

Caminé dos cuadras y llamé un taxi. A las cuatro en punto, mi taxi se deslizó silenciosamente hasta los escalones que daban al patio de Cross Court. Descendí rápidamente.

El portero estaba en su caseta hablando por teléfono; me daba la espalda y ni siquiera se volvió cuando entré. Pasé la fuente, y la barrera de madera me cerró el paso; nuevamente brilló un delgado rayo de luz, apenas visible en la luz cegadora del sol de esa tarde, y la barrera me abrió paso.

En el suntuoso *hall* había ahora otro ordenanza. Era un hombre alto, de cuello de toro, cabello blanco y mandíbula saliente, con su llamativo uniforme azul y oro abotonado alrededor de su voluminosa cintura y un hermoso par de mostachos blancos. Se parecía a Emil Jannings en uno de los viejos films silenciosos.

—Quiero ver al señor Tennant —dije secamente, mientras balanceaba mi bastón.

—¿De parte de quién, señor? —me preguntó.

—El señor Boyd.

Me hizo un rígido saludo y se me ocurrió que era un exoficial alemán. Luego habló por teléfono y retornó enseguida, diciendo:

—El señor Tennant dice que pase, señor.

Un momento más tarde ascendía yo en el ascensor. Se detuvo este y las puertas se abrieron.

Hank Tennant, de pie en el *hall*, me sonrió y dijo cordialmente:

—Casi no le esperábamos. Ona se siente mucho mejor. Pase.

Pasé frente a él y me pareció que era esa una de las cosas más difíciles que había hecho en mi vida.

—Aquí le tenemos, Ona —dijo Tennant alegremente.

Ona me sonrió. Estaba sentada en un enorme sillón cerca de la ventana.

—Siento haber llegado atrasado —dije—, pero he tenido una tarde de mucho trabajo.

—Apuesto a que no ha almorzado usted —dijo Tennant a mis espaldas—. ¿Le gustaría tomar un candeal?

—Cómo no, muchas gracias —le respondí.

Me acercó una silla y me senté. Mis pensamientos volaron hacia Joan, dondequiera que ella estaba. ¡Si pudiera apurarme! ¡Si no llegara demasiado tarde! Pero no podía apurarme. Sólo podía observar y esperar el momento oportuno en que se produjera algo positivo.

Tennant me sirvió el candeal y me acompañaron ambos bebiendo un cocktail.

—Esto es exactamente lo que me recetó el doctor —comenté—. ¿Qué novedades tienen ustedes dos?

—Ese hombre estuvo aquí otra vez —replicó Tennant—. Se llama Lonergan. Le dijimos todo lo que sabíamos y él nos ordenó que nos quedáramos aquí hasta recibir nuevas órdenes; por lo tanto, nos quedamos.

—Nile, ¿ha tenido noticias de Joan? —dijo Ona.

—No. Esa es una de las razones por la que quisiera usar su teléfono, Tennant. Quiero comunicarme con Merkley y con la señorita Watkins.

—¿Por qué? —preguntó Tennant—. ¿Cree usted que le podrán ayudar?

—No lo sé. Evidentemente, Bill le dio a la señorita Watkins un importante mensaje para que entregara en Nueva York. Lo hizo anoche cuando les acompañó en el ascensor. Por lo tanto quizá pueda ella aclararme alguna cosa. ¿Conoce alguno de ustedes su número de teléfono?

—Está en la guía —dijo Ona.

Busqué el número y lo marqué en el disco del teléfono. Mientras esperaba que me contestaran, estudié toda la habitación.

—Hola —dijo una voz de barítono en mi oído.

—Hola —repliqué—. ¿Habla Merkley?

—Así es.

—Habla Nile Boyd. ¿Podría usted dedicarme ahora un par de minutos? Es algo muy importante.

—Ciertamente —dijo Merkley sin vacilar—. Lo único importante que estoy haciendo ahora es tomar un bocado con Hellen.

—Gracias. Enseguida voy. —Colgué el receptor y les dije a Ona y a Tennant—: Dice que están ambos allí. Necesito hablar con ellos. ¿Podré volver a verle dentro de media hora?

—Nos quedaremos aquí —replicó Tennant de inmediato—. ¿No es verdad, Ona? Por lo menos hasta las cinco y media.

—Espléndido —dije, tomando mi bastón.

—Termine usted antes su candeal.

Así lo hice. Tennant me siguió hasta la puerta del ascensor. Oprimió el botón y dijo:

—¿Volverá usted realmente, Boyd? Quiero hablar con usted.

Sus negros ojos me miraban como si me estuviera dando una orden. No me molestaba eso, por el contrario, me agradó. Para ser sincero, diré que el hombre me era simpático, a pesar de mis sospechas en cuanto a sus actividades. No podía evitar el distinguir entre el hombre Tennant y el ciudadano Tennant. Este último era, de acuerdo con mis creencias, un asesino,

un traidor, un aventurero despiadado dispuesto a vender su alma o su brazo al mejor postor. El hombre, así lo creía yo, era un individuo muy simpático y amable.

Entré en el ascensor, diciendo:

—Volveré.

Salí del ascensor en la planta baja, y me dirigí a la entrada sumido en mis reflexiones y completamente indiferente a lo que me rodeaba. Súbitamente noté un movimiento cerca de mí. Di vuelta la cabeza y vi que el ordenanza del vistoso uniforme se me acercaba apresuradamente con actitud grave y respetuosa.

—¿Le llamo un taxi, señor? —inquirió solícitamente; y me intrigó su actitud, pues parecía muy interesado en la posibilidad de que pudiera yo necesitar un taxi. Parecía estar listo para cumplir mis órdenes con toda rapidez. Súbitamente, me di cuenta de la razón de su actitud para conmigo.

Fijé mis ojos en su rostro, y le miré fijamente. Él retrocedió un paso y permaneció con expresión deferente. Golpeé fuertemente con mi bastón sobre el piso de mármol, y dije:

—Quisiera que haya un taxi aquí a las... —consulté mi reloj, mientras sostenía el bastón en la mano derecha— cinco y cinco exactas. ¿Lo hará usted?

—Muy bien, señor —murmuró, retrocediendo. Golpeé nuevamente con el bastón y dije:

—¿Dónde está el departamento del señor Merkley?

Apresuradamente me acompañó hasta la puerta y me dio las instrucciones necesarias.

—Gracias —dije con severidad, y proseguí mi camino.

En el taxi había examinado yo el bastón. Lo había desarmado, notando que aún tenía dieciséis balas de calibre 177. Todo el bastón y su mecanismo era espléndido. Debió haber costado alrededor de 150 dólares.

Para mí, sin embargo, en ese momento era mucho más valioso que eso; en realidad no tenía precio, pues me acababa de dar cuenta de que, además de ser un arma muy efectiva, era también mi pasaporte y mi cédula de identidad. La banda de plata que rodeaba la empuñadura estaba decorada con un círculo formado por cruces gamadas, y no tuve ninguna duda de que la mayoría de los cómplices importantes del que había tratado de matarme poseían bastones similares, los que cualquier persona perteneciente a la organización de espionaje podría reconocer.

La luz del sol era cegadora en el patio exterior. Crucé una logia entre columnas labradas y entré en la otra sección del edificio, la que tenía un *hall* exactamente igual al que acababa de abandonar.

Un ordenanza uniformado como el anterior, avanzó a mi encuentro y me di perfecta cuenta de la forma en que se irguió y comenzó a caminar más rígida y al mismo tiempo más rápidamente cuando sus ojos se posaron en mi bastón. Antes de que él pudiera hablar, dije yo:

—El señor Merkley, por favor. Me está esperando.

—Muy bien, señor.

Proseguí mi marcha hacia el ascensor sin detenerme, y me paré un instante en la puerta:

—¿Cuál es el número del departamento?

—6 C, señor.

—Gracias.

Entré en el ascensor y oprimí el botón.

El piso sexto era el más alto. El inmenso techo plano estaba sobre mi cabeza.

¿Debería hacer una inspección antes de ver a Merkley? Mientras vacilaba, vi que el ascensor descendía.

Se me ocurrió que sería mejor inspeccionar el techo. Me di cuenta de que el ascensor subía nuevamente. Giré hacia la izquierda y entré por una puerta de acero sobre la que se leía la palabra «AZOTEA». La cerré, dejando un pequeño espacio por el que pudiera observar el *hall*.

Me apoyé sobre mi bastón y espí por la abertura, viendo que del ascensor salía Jorge Barrett. Lucía él pantalones a rayas, jaquet gris oscuro con un clavel rojo en la solapa, y una galera gris. Se detuvo frente a la puerta del departamento 6 C. y oprimió el botón.

Una de sus manos tocó mecánicamente su corbata. En la otra llevaba un par de guantes amarillos... *y un duplicado exacto del bastón de banda plateada.*

\* \* \*

La luz del sol me cegó cuando abrí suavemente la puerta que daba a la azotea. Contra su resplandor se delineaba como una silueta recortada en papel oscuro la figura de un hombre sentado cómodamente sobre una claraboya de cristal; estaba cerca del límite de la azotea, aunque no tan cerca como para que le vieran desde abajo.

—¿Qué tal? —dijo con voz amable y tranquila la silueta. Mis ojos, que se habían acostumbrado ya al resplandor, notaron su rostro delgado y juvenil, su nariz larga y su boca grande y de aspecto humorístico.

—Hola —le respondí, sin moverme.

—¿Su nombre no será Boyd por casualidad? —me preguntó.

—Yo... pues... sí. Sí. Es verdad.

—El mío es Lonergan.

La esperanza volvió a mi corazón. Me le acerqué rápidamente y nos estrechamos las manos.

—Steel me habló respecto a usted —le dije—. ¿Cómo me conoció?

—Steel me habló respecto a *usted* —me respondió sonriendo—. Además, he visto su retrato en el diario.

—Subí para hablar con Merkley —dije— y se me ocurrió que quizá hubiera algo sucio con respecto a él. Y traté de encontrar una escalera de incendio que pasara frente a la ventana de su departamento...

Lonergan sacudió la cabeza:

—No. No hay.

—Y mientras venía para la azotea, salió del ascensor un individuo llamado Jorge Barrett, a quien conozco, y llamó en el departamento de Merkley. ¿Se enteró usted respecto a la joven que desapareció?

—Sí.

—Barrett es el abogado de la madre. ¿Ha visto usted alguna vez uno de estos? —Le mostré mi bastón.

Lonergan preguntó:

—¿Es un arma?

—Sí —señalé la svástica—. Se lo saqué a un agente que fingía ser ciega; uno que usaba un abrigo de pieles muy largo, peluca blanca y anteojos oscuros. ¿Le conoce?

—De nombre no —dijo Lonergan—, aunque creo que es uno de los espías más importantes.

—Ya no lo es más —le respondí—. Le pegué un tiro hace un par de horas y le quité el bastón. Ahora bien, Jorge Barrett tiene un bastón exactamente igual a este. Acabo de ver que lo llevaba consigo.

—¡Caramba, caramba! —comentó Lonergan.

—Recién vengo del departamento de Tennant; la esposa de Kerr...

—No es su esposa —me interrumpió Lonergan, rápidamente.

—Muy bien, la señorita Hagen está allí con él. Les dije que volvería a las cinco; además le dije a Charles Muland que le llamaría alrededor de las cinco.

Entretanto tengo una cita con Merkley. ¿Me explico?

—Perfectamente.

—Kerr dejó en su máquina de escribir un mensaje para mí. Lo tomé cuando nadie me veía.

Le relaté lo que decía el mensaje.

—¡Por Dios! —dijo en voz baja.

—Me estoy volviendo loco rápidamente —le dije con amargura— porque estoy todavía muy lejos de encontrar a mi novia. Hay mucho más que no le he contado...

—Estoy enterado de todo, me parece —me interrumpió Lonergan pensativo. Súbitamente me preguntó:

—Oiga usted, ¿si Barrett está con Merkley, no será mejor que nos apuremos? Yo iré con usted... O detrás, si así lo prefiere.

—Eso sería espléndido —le dije—. Vamos.

Descendimos la escalera y nos dirigimos juntos al departamento de Merkley. Oprimí el botón.

Sin darme cuenta de lo que hacía, coloqué el bastón sobre el brazo, con la contera apuntando hacia adelante. El resultado fue que cuando Phillip Merkley abrió la puerta se encontró con el equivalente al cañón de un fusil apuntando directamente a su corazón, lo que en apariencia le produjo un susto considerable. Yo dije tranquilamente:

—Hola, hola. ¿Llego tarde?

—En absoluto —dijo Merkley, con una sonrisa forzada—. Esperábamos que no se retrasara. Pase, pase.

Bajé el bastón y dije, haciéndome un poco a un lado:

—¿Le molesta si el señor... Lonergan entra conmigo? Me ha dicho que está investigando la muerte de Bill. Dice que le conoce a usted.

Entramos y nos detuvimos en el pequeño *hall* mientras Merkley decía, señalando una puerta cerrada:

—Hellen tiene visita, eso es lo que me hizo vacilar. Es una antigua compañera de escuela y no quisiera molestarla. ¿No será mejor que bajemos al Bar? Allí podemos hablar.

—Por supuesto, sólo que quisiera usar su teléfono. Tengo que llamar a un amigo mío antes de que se vaya.

Hablé cortés pero firmemente, y me produjo placer ver el pánico y la indecisión en la mirada de Merkley.

Lonergan se adelantó, acercándose a mí. Las manos de Merkley estaban a la vista; no podía hacer otra cosa en ese momento que decir sí o no. Decidí

decir sí y confiar en que todo le saliera bien.

—Sí, por supuesto —me respondió con voz cargada de odio y se volvió para abrir la puerta y decir—: Hellen, ¿podemos...?

Luego abrió más la puerta y dijo con voz más alta y en tono de alivio:

—Las muchachas están en el dormitorio. Pasen, amigos.

El teléfono estaba en el alféizar de la ventana, al lado de una sillita. Me dirigí a él y marqué el número de la señora Adams.

—Hola —dije cuando me respondió ella—. Habla Nile Boyd. ¿Ha vuelto ya su hija? Quiero hablar con ella.

—Estoy muy enojada con mi hija, señor Boyd, pero estoy aún más enojada con usted —me respondió la señora Adams.

Me sentí muy aliviado. No estaba ella asustada, estaba enojada, lo que era mucho mejor.

—Ya sé, ya sé —le dije con voz apenada.

—Le diré que usted llamó, señor Boyd. Adiós.

—Un momentito —le dije apresuradamente—. ¿Sabe usted adónde fue el señor Barrett cuando salió de allí? Tengo algo muy importante que comunicarle a él...

Lonergan se dirigió rápidamente a la puerta del dormitorio y la abrió sin llamar. Merkley me miró implorante. Súbitamente se me ocurrió que mi posesión del bastón habría tranquilizado a Merkley con respecto a mí; por lo tanto era por Lonergan por quién se preocupaba y no por mí.

—Gracias, señora Adams —dije yo, y colgué el receptor. Lonergan estaba ahora parado en la entrada del dormitorio. Mis ojos, volviendo hacia el rostro de Merkley, le observaron fascinados... Era el rostro de un loco. Ahora no me miraba a mí, estaba mirando a la espalda de Lonergan. Su mano derecha se acercaba a su bolsillo trasero...

Me adelanté un paso y le golpeé con mi bastón sobre la muñeca.

Se oyó un sonido seco al romperse sus huesos y un agudo quejido involuntario salió de la boca de Merkley.

—Usted se lo buscó —le dije entre dientes—. Póngase contra la pared.

Mientras tanto, Lonergan decía:

—Señorita Watkins, creo que será mejor que usted y su amiga del colegio vengan para acá. —Retrocedió hacia mí con pasos cautelosos. Al acercarse, dijo en voz más alta—: ¡Ya me han oído! Y vi el rostro pálido de Hellen Watkins que se asomaba por la puerta, pero no era eso lo que esperaba yo.

—Así es —dijo Lonergan—. Ahora usted... ¡Suelte eso! Suelte eso o le pego un tiro —dijo Lonergan nuevamente.

En el silencio subsiguiente, oí el sonido que podría producir un objeto liviano al golpear en el piso cubierto por la alfombra.

—Muy bien, ahora venga para acá —prosiguió Lonergan.

Les doy mi palabra que Jorge Barrett todavía tenía en su mano izquierda los guantes amarillos. El clavel aún adornaba su solapa. Pero su rostro estaba pálido y parecía macilento.

Además, no tenía ya su bastón.

—¡Caramba, qué coincidencia, señor Barrett! —exclamé—. En este momento estaba hablando con la señora Adams para preguntar dónde podría encontrarle.

Abrió la boca y la volvió a cerrar, pero no emitió ningún sonido.

Lonergan dijo:

—¿Es usted Jorge Barrett?

—Yo... Sí. Me llamo Barrett —respondió este, tartamudeando—. Me temo que no tengo el placer de...

—Yo soy Lonergan. Estoy investigando el caso Kerr y la desaparición de la señorita Joan Adams. Quería hablar con Merkley y con la señorita Watkins respecto a lo que pasó anoche, pero creo que el señor Boyd también quiere verles...

—Es verdad, pero quería primero ver al señor Barrett. Me parece, Lonergan, que sería bueno que se llevara usted al señor Barrett para protegerle. Corre peligro. Y también a la señorita Watkins y al señor Merkley. Dudo que se den cuenta de cómo están las cosas por aquí, ¿no le parece?

Lonergan parecía estar reflexionando. Al fin dijo:

—Sí. Sí, creo que tiene usted razón, señor Boyd; parece la suya una idea excelente.

—¿Qué significa esto? —preguntó Barrett en voz alta—. Debo ir a casa y no puedo detenerme para...

—Lo siento. —La voz de Lonergan tenía la resonante finalidad de una campana. Dio tres pasos hacia la ventana y sacó el pañuelo por ella. Lo agitó dos veces y lo guardó nuevamente.

—Me temo que tendrá usted que detenerse, señor Barrett —dijo—. En cuanto a usted, señor Boyd, puede retirarse. ¿Está usted muy apurado, verdad?

Sonaron fuertes golpes en la puerta. La abrí. En el exterior había tres policías que me miraron con truculencia. Yo les dije amablemente:

—Entren señores. El señor Lonergan les está esperando.

—Pasen, muchachos —repitió Lonergan mi invitación—, y dejen pasar al señor Boyd. Está muy apurado.

\* \* \*

Al detenerse el taxi frente a la fábrica de velas, descendí y vi aparecer en la entrada la corpulenta figura de Charles Muland. Le saludé con la mano y crucé el puente de planchas llevando bajo mi brazo el bastón.

Entré y Charles Muland se hizo a un lado cerrando la puerta forrada de acero. Miré mi reloj y vi que eran las seis y cuarto.

—Tardé más de lo que esperaba —dije—, yo...

—Entre en la oficina —me replicó Charles Muland, haciendo una inclinación de cabeza. No me gustó su tono, que parecía más una orden que una invitación.

—Entre, le he dicho —me ordenó nuevamente, y ahora su voz era dura y desdeñosa.

Yo permanecí donde estaba, con el bastón bajo el brazo izquierdo, mientras mi mano derecha empuñaba dentro del bolsillo la pequeña pistola de Steel. Le repliqué:

—Iré cuando quiera, y tome usted nota de que no me gusta su tono.

Para ser tan corpulento, se movió con mucha rapidez. Súbitamente lo tuve encima. Su cuerpo me golpeó como un martillo pilón. Caí con violencia al suelo, y me sumí por completo en la inconsciencia.

Como entre sueños, me pareció flotar en una niebla gris. Luego, casi inmediatamente, sentí que me levantaban de los pies. Abrí los ojos con esfuerzo y vi que una figura oscura me ataba los tobillos con una soga. Luego algo duro me golpeó en un costado y giré sobre mí mismo. Noté que me tomaban de ambos brazos y sentí un dolor agudísimo en la mano derecha. Luego me alzaron en hombros y me transportaron hacia otro sitio.

Me dejaron caer bruscamente. Me parecía que me habían fracturado la columna vertebral. Cuando pude respirar de nuevo, distinguí el olor de agua salada, brea y gasolina. Se cerró una puerta con violencia y luego me envolvió el silencio.

Esta vez abrí los ojos por completo y volví la cabeza hacia todos lados, tratando de penetrar la semioscuridad verdosa y fresca. Luego, repentinamente, comencé a darme cuenta de todo. Estaba en una lancha dentro de la fábrica de Charles Muland, o en un amarradero cubierto que

estaba al lado de la fábrica, y tenía las manos y los pies atados, y Charles Muland debía ser un traidor: *un espía del eje...*

Rodé ligeramente hacia la izquierda para tratar de aliviar el peso de mi cuerpo, que descansaba sobre el brazo derecho, y descubrí que estaba echado sobre un rollo de soga, en la cubierta de una lancha de tamaño regular.

Una breve lucha de mis ataduras me convenció de que no podría librarme de ellas. ¿Podría sentarme? Traté de hacerlo y lo logré después de muchos esfuerzos.

En mi nueva posición pude estudiar lo que me rodeaba, aunque no logré otra cosa. La lancha en la que me habían arrojado era espléndida: un crucero veloz, largo y de líneas aerodinámicas. Tenía una cabina central, cuya entrada estaba cerrada, y una escotilla en la popa, en cuyo interior debían estar los motores.

Estaba pintada de gris opaco. Una ametralladora Browning ocupaba un espacio en la proa, junto a un enorme reflector. La embarcación me pareció muy rápida. No dudé de que sería una centella. Estaba amarrada con la afilada proa apuntada hacia adelante. Parecía preparada para la huida instantánea.

La puerta del embarcadero, que estaba apenas a un metro de la proa, era del mismo tipo que la que daba entrada a la fábrica: una puerta corrediza que operaba verticalmente. Pero pude ver que esta no era movida por la electricidad sino por una soga. El borde inferior de la puerta estaba hundido en las oscuras aguas.

Una voz clara dijo:

—¡Boyd! ¿Puede oírme?

Me puse rígido.

—¡Boyd! —dijo la voz, nuevamente—. ¿Puede oírme, o está sordo?

—¿Dónde está usted? —pregunté, con voz temblorosa.

—Aquí, al lado suyo. ¡Mire abajo! —dijo la voz, con impaciencia. Me incliné por sobre la borda de la lancha y miré hacia el agua.

El rostro moreno de Hank Tennant me miraba desde la superficie. Creo que en toda mi vida nunca he sentido una sorpresa mayor.

Un rizo de su cabello le caía sobre un ojo, y un alga le adornaba la oreja izquierda. Al encontrarse nuestras miradas, levantó un poco la cabeza y me sonrió.

—¿Todavía tiene la pistola? —susurró.

—¿Qué diablos...? —comencé a decir, extrañado.

—¡La pistola! —insistió—. ¿Tiene usted una?

No podía alcanzar con las manos el bolsillo de mi chaqueta, pero me incliné, apoyándome contra la borda. No tenía nada. Debieron haberme quitado la pistola mientras me amarraban.

—Me la quitaron —susurré.

—Tenga —murmuró Tennant, mientras extendía un brazo hacia mí. En la mano sostenía un brillante cuchillo de curiosa forma. Sacudí la cabeza.

—No lo alcanzo —dije—. Tengo las manos atadas a la espalda.

—¡Oh!

Me pregunté si vendría a asesinarme. Pero si era un espía nazi, no tenía ninguna razón para mojarse si quería matarme.

—¿Quién es el traidor? ¿Mulan? —susurró Tennant, y yo asentí con la cabeza.

—Podré cortar las cuerdas que le sujetan —dijo, en voz alta— y nos podemos alejar nadando juntos, aunque, si esta puerta se abre mientras lo estoy haciendo, estaremos perdidos. O puedo dejarle aquí e ir a buscar ayuda, pero mientras tanto pueden matarle...

Yo comencé a decirle:

—Váyase enseguida y siga buscando a Joan —cuando algo me detuvo: la idea de que quizá todavía no podía estar seguro de Tennant. Fue una gran cosa que vacilara, pues la puerta se abrió y una voz dijo:

—Bien, bien; aquí tenemos al gusano. Lástima que haya llegado tan tarde.

Volví la cabeza bruscamente porque conocí esa voz desdeñosa. Era el que había hablado conmigo por teléfono esa mañana, haciéndome ir al Boulevard Ringe...

Ahora, por primera vez veía a su dueño, y era él digno compañero de los señores Chinky Ellis y Vic Maione. Un esqueleto exquisitamente vestido, en cuya parte superior lucía una cara oscura de boca grande y ojos fríos y brillantes.

El individuo parecía estar solo. Le miré fijamente y sin moverme. Gracias a Dios, la cara de Tennant había desaparecido del agua.

Permaneció balanceándose sobre la punta de los pies como si estuviera sumido en sus reflexiones, pero súbitamente aclaró la garganta y me escupió en la cara.

Me quedé muy quieto, es decir, mi exterior estaba quieto; en mi interior se libraba una batalla terrible, pues se me acababa de ocurrir la idea de que Joan estaba en la lancha; quizá en el interior de la cabina.

El individuo se acercó un poco más y dijo:

—Sí, señor, era una muchacha muy buena moza. —Se irguió y me arrojó el cigarrillo que tenía en la boca.

La colilla me golpeó en la frente y se deslizó sobre mi muslo, donde ya comenzaba a quemar la tela de mis pantalones. Me moví bruscamente y cayó entre los rollos de cuerda sobre los que estaba sentado.

Dije, con voz monótona:

—Si hay algo inflamable debajo de esas sogas, será mejor que tenga listo el extinguidor de incendios.

Comenzó a ascender una delgada columna de humo proveniente de los rollos de soga. El individuo maldijo entre dientes y se inclinó para apoyarse en el borde de la cabina, preparándose para subir a bordo.

En ese momento algo brillante cruzó el aire en dirección a él. Parpadeé y oí un sonido sordo y curioso, el sonido que produciría un cuchillo al hundirse en una rebanada de queso, y vi la empuñadura del cuchillo de Tennant que sobresalía de la garganta de mi visitante.

## CAPÍTULO VI

Me incorporé a medias y puse mi hombro derecho para recibir el cuerpo del que caía. Di un empujón hacia la derecha y la víctima cambió de trayectoria para zambullirse en el agua, donde se hundió para siempre.

—Estuvo muy bien, y yo le he tirado al agua —le dije a Tennant, que espiaba cautelosamente por la borda.

—Espléndido —me respondió, y subió a bordo al cabo de un momento. Había recobrado el cuchillo.

Me eché boca abajo y le ofrecí los brazos para que me liberara. Sentí la presión del cuchillo que cortaba las cuerdas. Estas cedieron al cabo de un momento.

—Su mano tiene muy mal aspecto —me dijo mi libertador.

Así era; la mano derecha estaba hinchada horriblemente y tenía color amoratado. Además, me dolía muchísimo, pero había otra cosa que me molestaba aún más.

—Tennant, ¿para quién trabaja usted? Dígamelo, por amor de Dios —pregunté con angustia.

—Para mí mismo —me respondió instantáneamente—. ¿Por qué? ¿Creyó usted...?

—Por la detonación —dije, vagamente—. Una cuarenta y cinco produce un estampido formidable. Cuando mataron a Bill usted debió haber estado en el *hall* o en la misma habitación. Sin embargo, dijo que no oyó ningún ruido...

Y entonces me di cuenta de todo... Lógicamente, estando en el *hall*, Tennant no podía haber oído la detonación; eso era todo. Por supuesto, Tennant era de confiar.

—Quizá me equivoque —dije, decidiendo confiar en él un poco más—, pero tengo la idea de que Joan Adams está en esa cabina. Si me da el cuchillo, cortaré la sogá que me ata los pies.

Cuando me hube liberado, proseguí:

—¿Conoce algo de motores? Yo no, pero si pudiéramos levantar la puerta delantera y hacer marchar el motor, podríamos salir de aquí bastante a prisa.

—Buena idea —admitió Tennant—. Espérese un momento.

Abrió la escotilla y descendió a la bodega. Al cabo de un momento le oí decir:

—Ya está lista para partir, pero los instrumentos y el timón se dirigen desde la cabina.

—Yo levantaré la puerta —repliqué— y saldremos enseguida.

Con toda facilidad comenzó a levantarse la cortina metálica. Ahora su extremo inferior ya estaba fuera del agua; con la mano izquierda continuaba tirando de la cuerda...

Al retornar a la lancha, desaté las amarras y salté a bordo. Tennant me esperaba al lado de la cabina. Nos arrojamos juntos contra la puerta de la cabina y cediendo a nuestros redoblados esfuerzos, cedió esta y caímos al interior. Yo caí con todo el cuerpo sobre mi mano lastimada y el dolor fue tan intenso que creí desmayarme, pero me repuse enseguida. Me puse en pie y vi a Tennant ya inclinado sobre el timón. Sus manos estaban ocupadas bajando palancas y tocando botones, mientras sus pies oprimían el pedal de arranque. Sentí que el motor comenzaba a marchar y Tennant empujó la palanca hacia adelante y salimos disparados al exterior.

Me balanceé violentamente al partir la lancha a toda velocidad y perdiendo el equilibrio caí dentro de la cabina. En ese momento una garganta de acero habló a nuestras espaldas con un estampido seco, y Tennant hizo girar el timón lanzando a la lancha en un semicírculo.

El arma habló nuevamente, aunque un poco más lejana. Dirigí la mirada por sobre la estela de espuma y vi la corpulenta figura de Charles Muland asomada a una ventana de la fábrica de velas. Tenía un rifle en la mano.

Examiné el interior de la cabina para cerciorarme si estaba Joan allí. Estaba vacía. En ese instante cruzamos la estela que dejara atrás un remolcador y al moverse violentamente la lancha, perdí el equilibrio cayendo nuevamente sobre mi mano lastimada. Perdí el sentido.

\* \* \*

Volví en mí sintiendo el olor familiar del coñac, y al caer entre mis labios me obligó a abrir los ojos. Estaba sentado en el camastro donde perdí el sentido, y un policía sostenía un frasco de coñac cerca de mi boca. Por el ojo de buey pude ver la lancha policial próxima a la nuestra.

Me erguí y el agente me sostuvo con el brazo. Le dije agradecido:

—Gracias. El chofer también necesita un poco de coñac.

—Ya lo tomará él luego —dijo Tennant—. Cuéntele, Boyd.

Traté de pensar y finalmente dije:

—Es una larga historia; acabamos de robar este bote del amarradero de Charles Muland.

—Ya le conozco —dijo el policía rápidamente.

—Escuche —le dije, súbitamente inspirado—; ¿tienen ustedes radio en la lancha?

El policía asintió.

—¿Me dejarán ustedes hablar con la policía de costa? —Me incliné a un costado para ofrecerle mi bolsillo—. Busque allí y encontrará mis credenciales.

Pero la mano del policía no encontró nada. Su dueño, mirándome fríamente, me dijo:

—¿De qué se trata? ¿Quién es usted, y quién es ese otro individuo? Muéstreme su licencia para tener una embarcación.

Dije desesperadamente:

—Mi nombre es Boyd, el otro se llama Tennant, ambos trabajamos para la G. 2 B. Acabo de obtener pruebas de que Muland es un agente alemán. Quiero que le arresten antes de que pueda escapar. Pero ya sabe que le hemos descubierto y huirá en cualquier momento. Si usted y sus muchachos vuelven con nosotros al amarradero quizá le apresemos. Debemos hacerlo rápidamente.

El policía sacó la cabeza por el ojo de buey y dijo en voz alta:

—¡Oiga, sargento! —Una cara apareció en la puerta de la cabina de la lancha patrullera.

El agente dijo:

—Este tipo dice que Charley Muland es un espía. Quiere que vayamos con él y le arrestemos. Dice que los dos son agentes del gobierno, aunque no tienen credenciales.

Tennant se volvió y dijo con voz clara:

—Nile, dígame que es su deber volver allá; recuerde que acabo de matar a un hombre.

—¿Cómo dijo? —rugió el sargento.

—Ya me oyó —le respondió Tennant tranquilamente.

—Sí, ya le oí —respondió el sargento—. Bien, es hora de que volvamos a la costa y en el camino podremos ir al amarradero.

Se volvió para dar instrucciones a alguien que estaba en la lancha de la policía; luego le dijo al agente que estaba con nosotros:

—Vigílelos, Mc Nulty.

El vigilante asintió con la cabeza y sacó la pistola.

—Usted, Hennessey, maneje la lancha —dijo el sargento.

Tennant abandonó el timón y se sentó a mi lado.

Nos dirigimos de vuelta al punto de partida. Observando por el ojo de buey, vimos de pronto que del amarradero salía una lancha larga muy parecida a la nuestra.

—¡Allá va! —grité—. ¡Sargento! —corrí a cubierta y volví a gritar—: Sargento, Muland está en esa lancha que acaba de abandonar el amarradero.

El sargento volvió la cabeza y en ese mismo instante la otra lancha pareció saltar en el agua; alguien torció su timón y ahora nos presentaba la popa mientras se alejaba rápidamente. Estaba cruzando la corriente en dirección a los Narrows y a la bahía Lower.

Nos lanzamos por entre Governor Island y la costa de Brooklyn como si estuviéramos unidos por alambres invisibles. Mc Nulty, que estaba al lado nuestro, preguntó:

—¿Hay municiones para esa ametralladora? —y señaló con el pulgar a la Browning que estaba en la proa.

—¿Cómo infiernos podemos saberlo? —dijo Tennant, con ira—. Ya le hemos dicho que esta lancha no es nuestra.

Mc Nulty les gritó algo ininteligible a los ocupantes de la otra lancha. Los de la lancha patrullera evidentemente le entendieron, pues un policía se adelantó hacia la proa y comenzó a quitar la cubierta a la ametralladora. Vi que nos acercábamos lentamente a los fugitivos.

La ametralladora de la lancha patrullera, comenzó a disparar al aire. La lancha fugitiva no se detuvo, por el contrario, torció bruscamente hacia la izquierda y vimos a su frente los contornos grises de Cross Court, como una inmensa esfinge de piedra echada entre los árboles. La ametralladora disparó nuevamente sin resultado; el fugitivo torció de nuevo a la derecha y se lanzó hacia los Narrows.

—¡Por amor de Cristo! —exclamó Mc Nulty—. Le meterán un par de tiros si no se detiene. Bryant nunca avisa más de dos veces.

La oscuridad caía rápidamente. Apenas podía ver los contornos de la lancha que huía, aunque vi con claridad confusos movimientos en la puerta de la cabina. Un grupo de sus ocupantes levantó algo redondo y largo que parecía una alfombra arrollada, arrojándolo al agua.

Un instante después nuestra lancha pasaba por el sitio donde se había hundido el objeto y yo actué sin reflexionar: me quité la chaqueta con un movimiento rápido y me arrojé al agua.

Me pareció que caía de cabeza sobre un camino de cemento. Había olvidado la velocidad a que estábamos marchando. Cuando me recobré nadé rápidamente hacia el rollo que se estaba hundiendo otra vez. Me zambullí y logré abrazarlo, dándome cuenta en ese instante que mi presentimiento había sido erróneo.

Este rollo de lona que sostenían mis brazos no contenía un cuerpo humano. Estaba lleno de objetos duros; evidentemente libros, libros de registro de los agentes enemigos. Resultarían muy valiosos para nuestra organización.

No era Joan, y a pesar de ello me alegré; me aferré con todas mis fuerzas al rollo y contuve la respiración. No sentía ya el dolor en mis pulmones, ni tampoco cuando me elevaron a la superficie aferrado aún al precioso atado...

\* \* \*

El rostro de Steel, iluminado por las luces de la oficina de la policía costera, parecía muy pálido. Cerró la puerta a sus espaldas y se puso firme al enfrentar al hombre alto y vigoroso con quien yo había estado hablando.

—Listo para salir cuando usted lo esté, coronel —dijo. Sus ojillos me miraron, saludándome.

El coronel Margate dijo:

—Creo que estamos listos. —Se volvió al taquígrafo de la policía, preguntándole—: ¿Anotó usted todo el relato del señor Boyd?

—Sí, señor —dijo el taquígrafo.

—Páselo a máquina tan pronto como sea posible. Haga tres copias para mi oficina —dijo Margate y se puso en pie.

Había llegado él a la oficina de la costa quince minutos después de que Tennant le telefonara.

—¿Está usted seguro de que se siente bien como para ir con nosotros, Boyd? —me dijo.

—Sí, coronel —le respondí.

El cirujano de la policía me había estado curando la mano. Todavía me sentía débil por la zambullida, pero no quería perderme el último capítulo de la aventura, aunque tuviera que entrar en Cross Court en una camilla.

—¿Cómo está el coronel, Johnny? —le pregunté a Steel.

—Ha muerto —dijo Steel, con voz apenada. Ahora entendí por qué estaba tan pálido. Miré por la ventana y vi que nos esperaban cuatro automóviles y tres motocicletas.

—¿Salimos, entonces? —preguntó Margate, tranquilamente.

—¿Y Tennant? —le pregunté.

—Será mejor que él se quede aquí —dijo Margate rápidamente—. Todavía le están interrogando. Salgamos.

Eran cerca de las nueve. Me había enterado que el ataque debía llevarse a cabo a las nueve en punto. Cruzamos el puente de Brooklyn.

Yo estaba sentado con Steel al lado del coronel Margate. Steel dijo súbitamente:

—¡Oh! Me olvidé de avisarle, comandante. Enviamos a los muchachos para que recogieran el cadáver que dejó usted en la azotea de su casa. Revisaron toda la casa y encontraron a su mucamo en el sótano. Estaba amarrado y amordazado.

—No me explico cómo entró ese individuo en casa.

—Probablemente de la misma forma como usted salió. ¿Qué me cuenta de Muland? —preguntó Steel.

—Está inconsciente —dije entre dientes—. El cirujano que me curó la mano hizo todo lo posible para volverlo en sí, pero no hubo caso. Parece que no detuvo la lancha a tiempo y el sargento de policía les disparó varios tiros. Muland recibió varias balas, lo que no me desagradaría del todo si no fuera porque yo acababa de ayudar a Tennant a liquidar al individuo que nos habló por teléfono esta mañana. Y habiendo desaparecido él, creo que Muland es el único que podría habernos dicho dónde está Joan.

Steel asintió en la semioscuridad. No quería hablar de eso conmigo como yo tampoco quería hablar con él respecto al coronel.

Margate dijo:

—Creo que el señor Jorge Barrett hablará pronto. No me parece que aguantará mucho el interrogatorio.

—Lo peor del caso, coronel —dije yo—, es que un hombre como Barrett no debe saber lo que estaban haciendo los agentes de poca importancia. Dudo que se imaginara que la desaparición de Joan tuviera algo que ver con este caso. Por lo menos, al principio no se habrá imaginado eso. Quizá después se enteró y vino corriendo a Cross Court, donde le encontré yo, pero es muy fácil que no sepa dónde está ella actualmente.

—Es posible —dijo Margate—. Volviendo al presente, Boyd. ¿Cree usted que Kerr no murió a manos de Tennant, sino que lo mataron con un rifle de

aire comprimido...?

—Así lo creo. Y apostaría que el ciego lo hizo. Por supuesto que quizá nunca sepamos exactamente cómo sucedió todo, pero creo que el primer disparo que rompió los vidrios de la ventana fue hecho por el ciego como aviso o como llamada. Un aviso para Ona, para Kerr, o para Merkley; todavía no podemos saberlo. Llamada para uno de ellos para que saliera inmediatamente; eso es posible. De todos modos, suponiendo que el ciego fuera el que lo hizo, creo que él esperó a Bill en el baño de la taberna de Papá Joe y le dijo: «Oiga, debemos hablar sin que nos molesten. Vamos a su departamento». Y Bill asiente y salen juntos, y entran en Cross Court por la puerta trasera, cuya llave está en poder de Bill. Y mientras se dirigen allá, conversan y Bill, creyendo que el ciego es uno de nuestros agentes, le dice todo lo que ha descubierto, y el ciego decide que debe matar a Bill, pero sin hacer sospechar que se trata de un asesinato, debe parecer suicidio... De ese modo, dándose a conocer, el ciego ordena a Bill, amenazándole con el bastón-rifle, que escriba una nota de despedida, y Bill obedece. Pero primero escribe el mensaje cifrado, porque está ahora seguro que sus sospechas eran justificadas. Y el ciego oprime el gatillo...

—Ahora el ciego debe obrar rápidamente. Quizá ya oye a Tennant golpear a la puerta. Saca la 45 que lleva Bill y la pone en su mano derecha, y se escapa por la azotea.

—En ese momento abrimos nosotros la puerta y entramos. Recuerde que le dije que no había olor a pólvora en la habitación, aunque Bill recibió el tiro pocos minutos antes. Eso es lógico, tratándose de un arma de aire comprimido.

Margate asintió.

—Está usted muy acertado en sus deducciones —dijo—, pues la autopsia ha demostrado que el agujero de la bala era demasiado pequeño para la pistola 45 que se presumía que lo había matado, y el agujero de salida también demasiado pequeño. A propósito, no han podido encontrar la bala. Además, el cabello chamuscado y las marcas negras alrededor de la herida no muestran una sola señal de pólvora.

—Apuesto a que lo quemaron con fósforos, coronel. Una vez vi un caso parecido —dijo Steel.

En ese momento se detuvo el coche. Habíamos llegado a destino. Me incliné hacia la ventanilla. En frente de las motocicletas y en medio de la calle había dos figuras: un corpulento agente de policía y un soldado con un fusil al hombro. Detrás de ellos había una cuerda extendida y más allá se veían

muchas otras figuras que se movían rápida y eficientemente, mientras que las aceras de este lado estaban atestadas de transeúntes que miraban los procedimientos con interés. El coronel Margate abrió la portezuela del coche y descendimos. Los otros hombres que venían siguiéndonos también descendieron.

Faltaba un par de minutos para que fueran las nueve.

Ahora mis ojos, acostumbrados a las cegadoras luces de los faros, me mostraron que la barrera de cuerdas se extendía muy lejos hacia las sombras a derecha e izquierda de nosotros; aparentemente, todo el edificio de Cross Court estaba rodeado de una doble barricada; una hecha de sogas y la otra de carne y hueso, pues pude ver otras figuras uniformadas que estaban paradas a intervalos regulares en toda la extensión que alcanzaban mis ojos.

Margate estaba hablando rápidamente con un soldado, que permanecía firme presentando armas; luego se volvió y nos llamó. Le seguimos por debajo de la soga, cruzamos la acera y nos acercamos a la fuente de Cross Court. Las innumerables ventanas del edificio estaban brillantemente iluminadas, tanto por dentro como por fuera, desde donde se dirigían hacia la fachada innumerables reflectores del ejército. Debía haber muchísimos soldados en el espacio que estaba al pie de la escalera de entrada. Margate detuvo a un soldado y le preguntó bruscamente:

—¿Dónde está el comandante Mackay?

—Allí adelante, mi coronel —respondió el soldado inmediatamente—. Puede usted verle en la puerta. Creo que está por comenzar el ataque, señor...

Margate asintió con la cabeza y se adelantó. Yo me detuve vacilando. Se me había ocurrido una idea.

Steel me dijo:

—¿Cree usted que estos tipos han rodeado el edificio por la parte del río?

—¿Por agua?

—Sí. No sé qué me ha hecho pensar en eso, quizá esa carrera suya en persecución de la lancha...

Súbitamente se me ocurrió... La segunda lancha, la que guardaba los libros, debió haber estado en un amarradero secreto dentro del sótano de Cross Court. Era posible que hubieran puesto rápidamente los libros en ella y hubieran salido por una salida secreta que diera al río, directamente sobre los Narrows, y luego podían haber corrido a buscar a Muland.

Si así fuera, era posible que hubiera aún otra lancha amarrada en el sótano en este momento. Otra lancha, preparada para la huida de los jefes.

Palmeé a Steel en el hombro y me volví, gritando:

—¡Coronel Margate! ¡Coronel Margate!

—Será mejor que vaya yo a buscarlo, comandante —dijo Steel, rápidamente, y se dirigió en busca del coronel.

El soldado que estaba a mi lado me preguntó curioso:

—¿De qué estaba hablando Steel, señor?

—¿Conoce usted qué precauciones se han tomado? —le respondí—. ¿Hay alguien vigilando la parte del edificio que da al río? Ya sabe usted que está muy cerca...

El soldado sacudió la cabeza.

—No sé, señor —comenzó, y en ese momento vi que el coronel Margate se acercaba seguido por Steel. Con ellos venía un comandante que tenía en la mano un fajo de papeles. Salté a su encuentro. Steel dijo, excitado:

—El comandante dice que es posible mandar un pelotón para el lado del río...

—Vamos, entonces —dije impaciente—. Vamos nosotros dos. Mande la gente detrás de nosotros, ¿quiere, coronel?

Un momento después llegamos Steel y yo corriendo a la costa.

—Tengo una linterna —jadeó él, y me la mostró.

Estábamos al borde mismo del río y el agua negra golpeaba las piedras a menos de dos metros por debajo de nosotros. Si hubiéramos tenido un mapa, no lo podríamos haber hecho mejor, pues directamente bajo nuestros pies había la boca semicircular de un túnel cuyo piso lo formaba el agua de la bahía.

Nos echamos de boca y Steel iluminó con su linterna la boca del túnel y las aguas que se extendían en dirección al sótano de Cross Court, desde el que se oía el murmullo de muchas voces.

En ese momento noté que el pelotón de soldados se acercaba a nosotros moviéndose lentamente, cargados con varios bultos. Me imaginé que se trataba del equipo de una ametralladora, que quizá traían un reflector portátil. En el mismo instante noté algo más: un zumbido poderoso y lejano que parecía venir desde bajo nuestros pies, como si un gato gigante estuviera escondido en el oscuro túnel. Me aferré al brazo de Steel, diciendo:

—¡Johnny! ¿Oye eso? ¡Es otra lancha que sale! Hemos llegado justo a tiempo.

Nos preparamos para saltar desde el borde de la pared de piedras que formaba el techo del túnel. Steel me preguntó:

—¿Tiene usted una pistola?

—No —le respondí—, ocúpese usted de eso.

En ese momento el ruido del motor aumentó de volumen y algo agudo y brillante cruzó la boca del túnel: era la proa de la lancha. Un momento más y desaparecería en la distancia...

No recuerdo con claridad el momento en que salté. Sólo tengo presente un grupo de figuras acurrucadas en cubierta detrás de la cabina, figuras que parecían estar volando hacia mí. Golpeé con fuerza sobre un hombro con mis pies y su dueño se desplomó sobre el piso de la lancha. Le tomé por las orejas y golpeé su cabeza fuertemente contra las tablas. Uno menos, pensé. Un golpe sordo a mi lado me dijo que Steel también había saltado. Una voz proveniente de la cabina, dijo con tono de sorpresa:

—*¿Was ist denn los?* —y le respondieron dos disparos que salían de la pistola de Steel y un grito de este que decía:

—¡Detenga la marcha! —Alguien se quejó. Los motores se detuvieron. Todo terminó rápida y fácilmente.

—¡Tengan las manos en alto! —oí que decía Steel, y luego elevaba la voz nuevamente—: ¡Los que están en la cabina, salgan uno por uno con las manos en alto!

Le oí como si su voz viniera desde la lejanía, pues en ese momento me asalto una idea loca: *¿Estaría ella aquí?*

Me lancé hacia la cabina con la linterna en la mano e iluminé el interior, saltando por sobre el cuerpo del timonel, que yacía en el suelo, y mirando hacia la litera atestada de equipajes.

Y una voz que podría reconocer en cualquier parte, dijo débilmente:

—¿Cómo estás, querido? Espero que estés todavía entero...

\* \* \*

En pie en la puerta de mi casa, iluminado por los rayos del sol de ese domingo de abril, pensaba yo: «Maldita sea, quisiera que se apurara él».

«Él» era H. Tennant, a quien había telefoneado para pedirle que viniera a casa a las doce en punto. Pensaba yo hablar por teléfono en cuanto él se hubiera ido, pues quería hablar, y a ella le habían agradado las flores que yo le envié.

De súbito, dos figuras doblaron la esquina de Park Avenue y se dirigieron hacia mí. Las miré incrédulo y airado. Arrojé mi cigarrillo y me dirigí a su encuentro. Eran la señorita Joan Adams y el señor H. Tennant. Venían conversando alegremente. Ella lucía un vestido gris y una piel de zorro, y el amigo Tennant traía su galera y adornaba su solapa con una gardenia,

mientras que en la mano balanceaba ágilmente... ¡un bastón adornado con una banda plateada!

Lanzaron exclamaciones de placer al reconocerme. Yo dije fríamente:

—La descuidada camaradería que demuestran ustedes me resulta ligeramente desagradable, pero estoy dispuesto a perdonarles.

—¡Querido! —exclamó Joan, al besarme en la mejilla—, las flores eran encantadoras.

—... fue una suerte para mí —estaba diciendo Tennant con entusiasmo— el encontrarme con la señorita Adams en mi camino hacia aquí.

—Salía de la iglesia y me dirigía hacia casa —me informó Joan—, y se me ocurrió venir a ver qué tal estabas.

—Entren ustedes —dije—. Pasen y conversaremos sobre las noticias que traen hoy los diarios. Les convidaré con un cocktail a cada uno.

Les introduje en el *living-room* y la primera página del *Times*, que había dejado yo sobre el sillón, llamó la atención a Joan. Profirió una exclamación y lo tomó, mientras Tennant y yo permanecimos a sus espaldas y mirando por sobre su hombro mientras ella leía.

El encabezamiento de tres columnas decía:

### 157 SOSPECHOSOS ATRAPADOS EN BROOKLYN EN UN REFUGIO DE ESPÍAS NAZIS

«El jefe del servicio secreto declara que se trata del arresto más importante efectuado desde el comienzo de la guerra».

«A las 9 en punto de anoche, los agentes de la Policía Federal, operando conjuntamente con algunos agentes del servicio secreto, allanaron el enorme edificio de departamentos conocido con el nombre de Cross Court, situado en la Bahía Ridge, Brooklyn, y arrestaron a 157 personas sospechosas de ser miembros de una gigantesca organización de espías nazis.

Los materiales de contrabando, incautados en el edificio, incluyen varios miles de proyectiles y una cantidad de fusiles que no se ha revelado, escopetas, ametralladoras y otras armas. Pero la Policía Federal reveló que la importancia de este descubrimiento no se puede comparar con lo que se halló en el consultorio de uno de los médicos que viven en los departamentos. Se trataba de una máquina de onda corta para aplicar diatermia, la que se podía convertir fácilmente para transmitir señales telegráficas y que estaba dotada de un amplificador de ondas capaz de enviar mensajes, no sólo a los

submarinos que se hallan en el océano, sino también hasta el mismo Berlín. En la habitación en que se halló el aparato había también una antena interna que evidentemente había sido montada por un experto.

Finalmente, aunque no se ha revelado detalles de su contenido, sabemos que, a pesar de los esfuerzos desesperados por destruirlos, se recobró una cantidad de libros de registros (hecho que se debe al heroísmo de uno de los agentes secretos que trabajaban en el caso). Estos registros contienen, no sólo los planes completos para una invasión inminente de las costas este y oeste de nuestro país, sino también los nombres y fotografías de los miembros de la organización, que incluyen a personas cuya identidad, cuando esta se revele, asombrará a todo el país».

\* \* \*

Había sucedido mucho más, pero, naturalmente, no se publicó en el diario. Por el momento, los comentarios me parecieron superfluos. Dejé a Joan y a Tennant para que continuaran leyendo y me dirigí a la cocina, retornando con una bandeja llena de bebidas.

Les serví y nos sentamos para conversar.

—Probablemente —dije—, pasaremos algunas horas comparando notas, pero hay un par de cosas que me gustaría saber de inmediato. Una es tu historia, querida, de lo que te sucedió después de salir del Seaview... no, antes. Comienza desde que te telefonearon —agregué, dirigiéndome a Tennant—. Volvimos en una ambulancia y durmió ella la mayor parte del tiempo que tardamos en llegar. Así que todavía no sé nada de lo que le pasó.

Joan dijo:

—Cuando tú te fuiste, Nile, te escribí una nota, y estaba pensando si valdría la pena acostarme cuando sonó el teléfono. La persona que me habló, lo hizo con una voz muy parecida a la tuya, sólo que un poco apagada.

—Alguien que hablaba a través de un pañuelo —sugerí.

Ella asintió:

—Sí. Eso parecía. Me dijo que tomara un taxi de inmediato y me encontrara contigo en la esquina de la calle Prospect. Me llevé la nota conmigo.

—Eran alrededor de las cuatro y veinte cuando salí del Seaview; el Cadillac me recogió a las cinco menos veinte. Cuando entré en el auto, alguien me tomó de los brazos y me puso bajo la nariz un trapo mojado en cloroformo. Me desmayé.

—¿Por qué enviaste la nota por correo? —la interrumpí—. ¿Y dónde la dirigiste, querida?

—Aquí a tu casa, por supuesto. Se me ocurrió que sería una sorpresa agradable para ti cuando la vieras la mañana siguiente.

—Cuando recobré el conocimiento —prosiguió— me encontré en un enorme salón adornado profusamente con banderas y svásticas por todos lados, y eran ya las cinco y diez. Me pareció que estaba sola en el salón y había un teléfono justamente frente a mí, sobre la mesa. Tenía puesta una mordaza, pero mis manos estaban libres y me la quité, recordando el número que habías llamado tú dos veces y se me ocurrió que posiblemente estuvieras allí. Así que llamé...

—¡Fueron muy astutos! —comenté—. Prosigue.

—No podía hablar muy bien, pues había tenido la mordaza por mucho tiempo, pero...

—Parecía como si aún la tuvieras en la boca —dije yo.

—Estaba tratando de contarte lo que me había pasado, cuando alguien me tomó de atrás y me tapó la boca. Luego el hombre que me tenía me dejó ir, diciendo: «Quédate quieta, pichona. Queremos hacerte algunas preguntas». Así que me quedé quieta y entraron otros dos hombres. Por su aspecto militar me parecieron ser oficiales del ejército alemán. Querían saber detalles acerca de ti. Por supuesto, juré que eras un periodista común, y no les di a entender que te ocuparas de otra cosa. Al cabo de un rato uno de los oficiales me dijo: «¿Le gustaría tomar un poco de café, señorita Adams?».

—Cuando les dije que sí me trajeron una taza llena de café, la que me bebí, aunque tenía un gusto raro. Inmediatamente perdí el conocimiento. No tengo mucho más que contar, me imagino que estuve inconsciente la mayor parte del día, y cuando recobré el conocimiento estaba en una lancha dentro de un amarradero subterráneo. Ya conoces el resto.

Me pareció ese el momento oportuno para volver a llenar los vasos.

—A propósito —dije, haciéndolo—, ¿por casualidad, no es ese mi bastón?

—Así es —dijo Tennant, sonriendo. Estaba en el piso al lado de la silla, junto con su sombrero y un par de guantes de cuero. Después que Steel y usted salieron de la oficina de la policía costera, me dejaron ellos acompañarles hasta la fábrica de velas para que les ayudara a encontrar a nuestra víctima y reconstruyera el crimen...

—Su víctima —dije generosamente—. Todo lo que yo hice fue echarlo al agua.

—Bueno, lo encontramos y les demostré yo lo que había sucedido. Todos me felicitaron, pues parece que la víctima era un individuo llamado Achille Volpi, a quien perseguían desde hacía mucho tiempo, aunque no había podido probársele nada. Así que, cuando descubrimos el bastón en la oficina de Muland, me acordé de usted y lo tomé con permiso de las autoridades. Se inclinó y lo recogió. Me lo entregó por la culata.

Joan dijo con interés:

—Jorge Barrett tiene uno muy parecido. Nunca te vi a ti usar bastón, Nile.

—Jorge Barrett *tenía* uno muy parecido —la corregí—. Gracias, Tennant... Creo que ya puede usted salir, Johnny, ¿no le parece?

Se apartaron las cortinas en el otro extremo de la habitación y apareció la figura pequeña del señor Steel. Estaba sonriendo y su rostro había tomado nuevamente su sonrosado colorido.

—Permítanme que les presente al señor John Steel —dije—; el mejor tirador de pistola al Este del Mississippi.

Dirigiéndome a Tennant, agregué:

—Ya sé que no se enojará usted. Johnny llegó aquí hace una media hora, y pensé, en el caso que...

—Que Tennant es un traidor... —me interrumpió este.

—No, no... Bien... Sí, si es que quiere usted ser exacto. Aunque le aseguro que pensaba de otra forma.

Comenzó a ponerse pálido.

—Oh, no tiene importancia —dijo—. No le culpo a usted. Yo también tengo algo para usted: una carta.

—¡Ah!

—Sí. Estaba oculta en el forro del abrigo de pieles que dejó usted en la fábrica de velas; la policía me dijo que podía traerla.

Le respondí alegremente:

—¡Vaya!, debe ser su carta, Joan. El ciego me la robó antes de que le matara.

—Espero no habérmela olvidado —dijo Tennant, y su mano derecha se movió rápidamente hacia el bolsillo interior de su chaqueta, y en ese momento Steel dijo en voz alta:

—¡No!

La mano se detuvo a mitad de camino.

—Ponga usted las manos frente a usted, Tennant —dijo Steel, y la luz del sol que entraba por la ventana brilló sobre un par de esposas que tenía Steel en las manos.

Tennant no se movió, pero sus negros ojos parecieron súbitamente más brillantes que el reflejo del sol en el metal, y aun más duros que el metal mismo. Estaba en pie tal como le había visto en el departamento de Bill: apoyado ligeramente sobre la punta de los pies, ágil y rápido como un esgrimista.

¿Esgrimista? Mucho más peligroso que un esgrimista, pues su acero podía cruzar el espacio como una lengua de fuego.

De ese modo, me vi obligado a pegarle un tiro con la pistolita calibre 32 que tenía en la mano izquierda.

No me gustó hacerlo, pero era la única defensa. Además tuve que herirle en el hombro derecho para inutilizar el brazo con que arrojaba el cuchillo. Naturalmente, él me hubiera agradecido si le hubiera atravesado el corazón.

En ese momento, Steel se adelantó y le colocó las esposas, mientras irrumpían en la habitación más hombres que tomaron a Tennant prisionero y se lo llevaron al exterior. No me sentía contento con lo que había sucedido. Quizá fuera eso absurdo, pero, como ya lo he dicho antes, me gustaba Tennant, el individuo; y no podía olvidar que me había salvado la vida. John Steel se sirvió un cocktail y lo bebió sin decir palabra.

Joan dijo:

—Nile, si no me explicas, gritaré.

—¡Vaya! —le dije gentilmente—, parece que mis dudas originales con respecto al señor Tennant eran bien fundadas, eso es todo.

—Pero...

—Pero durante cierto tiempo, después que mató a ese hombre en el amarradero, el que me habló por teléfono, me pareció que Tennant era de confiar, aunque no podía entender dos cosas. Una de ellas era, cómo me había seguido hasta el amarradero; la otra era cómo había cruzado el foso y se había metido en el agua sin que le vieran.

—¿Pero que te hizo cambiar de opinión respecto a él?

—El hecho de que averigüé que no era Tennant —dije.

—¿Qué?

—Te explicaré —comencé—. En pocas palabras: las dos cosas que he mencionado comenzaron a molestarme, así que mientras el supuesto Tennant era interrogado en la oficina de la policía costera, unos cuantos de los muchachos estaban tomando sus impresiones digitales que había dejado en la lancha mientras la manejaba. Las impresiones se mandaron anoche a Washington, y se ha comprobado definitivamente que no pertenecen al Hank Tennant que formó parte del equipo de Eddy Turner en España, pues aquel

Hank era un exmarino y sus impresiones digitales están guardadas en el archivo. De esa forma, se hicieron claras varias cosas, y, aunque no ha declarado todavía, me temo que la pequeña Ona va a verse en dificultades. Apuesto a que Ona ha estado al servicio del Eje desde que llegó a este país. Creo que el supuesto Tennant es uno de los espías que tomaron tierra aquí, en alguna parte de la costa, desembarcando de noche desde algún submarino, tal como lo han hecho en Inglaterra. Y creo que Bill se dio cuenta de la verdad respecto a Ona, lo que le causó mucha pena. Quizá no estaba absolutamente seguro, de ahí el artículo que escribió finalmente.

—Pero ¿por qué te salvó la vida Tennant?

—Muy simple: el Cuartel General —que es Cross Court— debe haber sabido ya este mediodía que estaban en un apuro. La muerte de Kerr había centralizado la atención oficial en el edificio, lo que era malo; algo muy extraño había sucedido a los dos agentes que debían liquidar al amigo de Kerr: Boyd, porque Boyd todavía estaba vivo y los agentes habían desaparecido; posiblemente algunos de los agentes de menos importancia parecían asustados y los jefes temían que les traicionaran. Por ejemplo ese reptil llamado Volpi sería capaz de vender a su propia madre por cuarenta centavos.

Tennant, aparentemente, había sido aceptado como un héroe de la guerra de España; había ganado la confianza de Kerr hasta tal extremo que este le contó sus dudas respecto a Ona; entonces Tennant ayudó a liquidar a Kerr (aunque todavía creo que fue el ciego el que mató a Bill); de todos modos, el cuartel general debió haber pensado que sería mejor consolidar la situación de Tennant haciéndole que aparentemente salvara la vida de Boyd... Y al mismo tiempo liquidaría a Volpi, que de todos modos era peligroso para ellos. ¿Te das cuenta?

—Entonces —dijo ella lentamente—, aunque hayan asaltado Cross Court y hayan anulado la organización, todavía habrá agentes como Tennant que estarán en situación de continuar el trabajo.

—Así es, señorita Adams —dijo Steel, afirmando vigorosamente.

—¿Y el grito de Ona? —preguntó Joan pensativa—. Supongo que Tennant le estaría comunicando que Bill debía ser liquidado.

—Eso es lo que yo creo —admití yo—. Y además que tenía que continuar su trabajo a pesar de todo. Probablemente, Tennant le dijo que ciertos comentarios indiscretos que ella le había hecho a su amante habían despertado las sospechas de este último; probablemente le dijo que nada que ella hiciera podría salvarle la vida a Bill.

—Nile —preguntó Joan—, ¿qué quería decir el diario cuando se refería a algunas personas cuya identidad «asombraría a todo el país»? ¿Tienes idea de quiénes son?

Sacudí la cabeza.

—El asunto es que son conocidos. ¿Sabes quién era el que te interrogó a ti? Se trata de Freiherr Ernst von Heitmann, jefe del espionaje nazi en todo el Este de los Estados Unidos. Es un individuo muy importante, y tiene una oficina en Hamburgo. Llegó hace un mes en submarino, y planeaba irse de la misma forma. Es un individuo muy astuto. No me cabe duda de que fue el que dirigió los proyectos y la construcción de Cross Court —por intermedio de una compañía ficticia, por supuesto— y uno de los mecanismos ingeniosos que se descubrieron anoche es la barrera giratoria que está cerca de la fuente; la que gira hacia atrás cuando uno se acerca.

—¿Qué sucede entonces? —preguntó Joan.

—Hay una cámara fotográfica en la caseta del portero. Cuando se enciende la luz, toma una instantánea del que esté entrando o saliendo. ¿Te das cuenta? Uno de los libros que recobré yo de las aguas era un gigantesco álbum fotográfico lleno con infinidad de retratos —hubiera querido agregar: «Los de Jorge Barrett son especialmente gráficos», pero no lo hice. Jorge Barrett, como Charles Muland, Phillip Merkley y otros individuos de mayor y menor importancia, no podían ahora escapar de su destino.

—Creo que eso fue lo que Bill había averiguado —continué—. A eso se refería cuando me preguntó si yo conocía algo de fotografía.

—Para mí, el amplificador de ondas del aparato de diatermia es lo más importante —dijo Steel, sorbiendo su cocktail—. Eso sí que fue colosal, comandante —agregó—. Al habernos incautado de ese aparato, hemos podido parar la pérdida de los convoyes, porque esa era la forma en que avisaban a los submarinos. Eso ya se acabó, estoy seguro.

—¿Y la invasión, John? —pregunté—. ¿Cree usted que ya no hay peligro?

Steel se puso en pie y me replicó:

—En este negocio nuestro, nunca se puede estar seguro, comandante. Pero de una cosa estoy seguro. Quizá venga la invasión uno de estos días, pero no será la que habían planeado para la semana que viene y no la prepararán en la forma en que prepararon esta, pues ese atado que pescó usted contenía todos los detalles del plan, ¡todos! Así que será mejor que me vaya. Margate debe estar esperándome...

Sin embargo, ni Joan ni yo nos incomodamos lo más mínimo por el hecho de que nos dejaran solos...

**F I N**